
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
EL REINO PERDIDO
Lectulandia

Recuerdo las palabras de la tía Paula cuando escuchamos lo que sucedía: «Ojalá no nos hubiera tocado a nosotras». Pero claro, tenía que tocarme a mí…

Todo empezó en una isla del Pacífico, donde un volcán entró en erupción. Hasta ahí, todo normal. Solo una semana después, el planeta entero está a punto de ser destruido por un mar de lava. Y la única forma de detener el fin del mundo es que encuentre un ídolo perdido hace más de dos milenios y realice un ritual en un templo del mítico reino de la Atlántida, una isla que, para variar, nadie sabe si realmente existió ni dónde podría estar. Pan comido, ¿verdad?

¿Será capaz Amanda de encontrar el reino perdido y salvar a la humanidad de su desaparición?

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

El reino perdido

Amanda Black - 8

ePub r1.0

Titivillus 14.07.2024

Título original: *El reino perdido*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2023
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara y Juan quieren dedicar este libro a Marco, Javi
y Elalejandrillo

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus tres personas favoritas son su madre, Amanda y Esme, de quien, además, está superenamorado.



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

esta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: va al instituto con Amanda y Eric, y, de hecho, los tres son inseparables. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida, pero mientras tanto, se alegra de tenerla como amiga y estar siempre al tanto de sus últimas aventuras. Hace poco comenzó a salir con Eric y ambos están muy enamorados. A los dos les encanta pasar tiempo con Amanda, pero ella siempre está buscando la manera de conseguir que Esme y Eric pasen tiempo a solas.



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



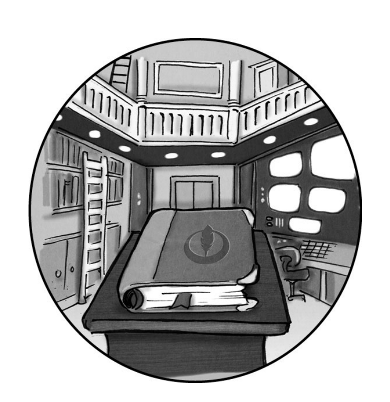
Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de

las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).




EL DÍA QUE CUMPLÍ TRECE AÑOS RECIBÍ UNA CARTA MISTERIOSA.


ASÍ SUPE QUE SOY LA HEREDERA DE UN CULTO DEDICADO A LA DIOSA MAAT QUE SE REMONTA AL ANTIGUO EGIPTO.


¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? QUE DEBO SACAR DE LA CIRCULACIÓN OBJETOS QUE SEAN PELIGROSOS PARA LA HUMANIDAD.
Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN» ME REFIERO A ROBAR.
MI HERENCIA CONLLEVA ALGUNOS DONES, COMO UNA FUERZA Y UNA VELOCIDAD EXTRAORDINARIAS (SIN SER YO UNA SUPERHEROÍNA NI NADA DE ESO).

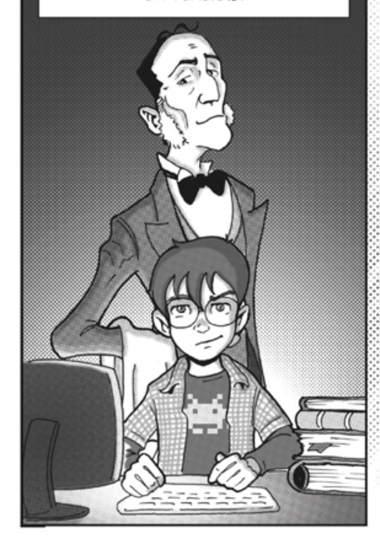
POR CIERTO, MIS PADRES DESAPARECIERON POCO DESPUÉS DE QUE NACIERA Y ME HE CRIADO CON MI TÍA ABUELA PAULA.





LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA DE BENSON, NUESTRO PECULIAR MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA EN GENERAL.



ME LLAMO

AMANDA BLACK

Y ÉSTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Recuerdo las palabras de la tía Paula cuando escuchamos en las noticias lo que estaba sucediendo: «Ojalá no nos hubiera tocado a nosotras».

Ahora, días después y a punto de que el planeta sea destruido por las erupciones de más volcanes de los que es posible contar con los dedos de las dos manos, no puedo más que darle la razón a mi tía. Ojalá esto hubiese ocurrido dentro de quinientos años. Ojalá hubiese sido otra u otro Black el responsable de solucionarlo. Pero no, TENÍA QUE TOCARME A MÍ.

A mis trece años intento no quejarme mucho por mi destino. Lo de ser la heredera de un culto milenario que data del Antiguo Egipto que se dedica a sacar de la circulación objetos peligrosos para el bienestar de la humanidad, en parte lo he elegido así. A pesar de los riesgos, sigue siendo más divertido que ir al instituto y estudiar. No es que no tenga que hacer esas cosas, que sí, tengo que hacerlas, pero mis misiones consiguen que mi vida esté llena de emociones, gente interesante y viajes increíbles. No obstante, creo que en esta ocasión me he ganado un poco el derecho a quejarme. Aunque sea solo eso, un poco.

Esto que está sucediendo ahora ocurre aproximadamente una vez cada tres mil años, año arriba, año abajo… y, lo dicho, ME TENÍA QUE TOCAR A MÍ.

Así que, aquí estoy, intentando encontrar un camino que evite que me caiga en el río de lava que recorre casi todo este lugar.

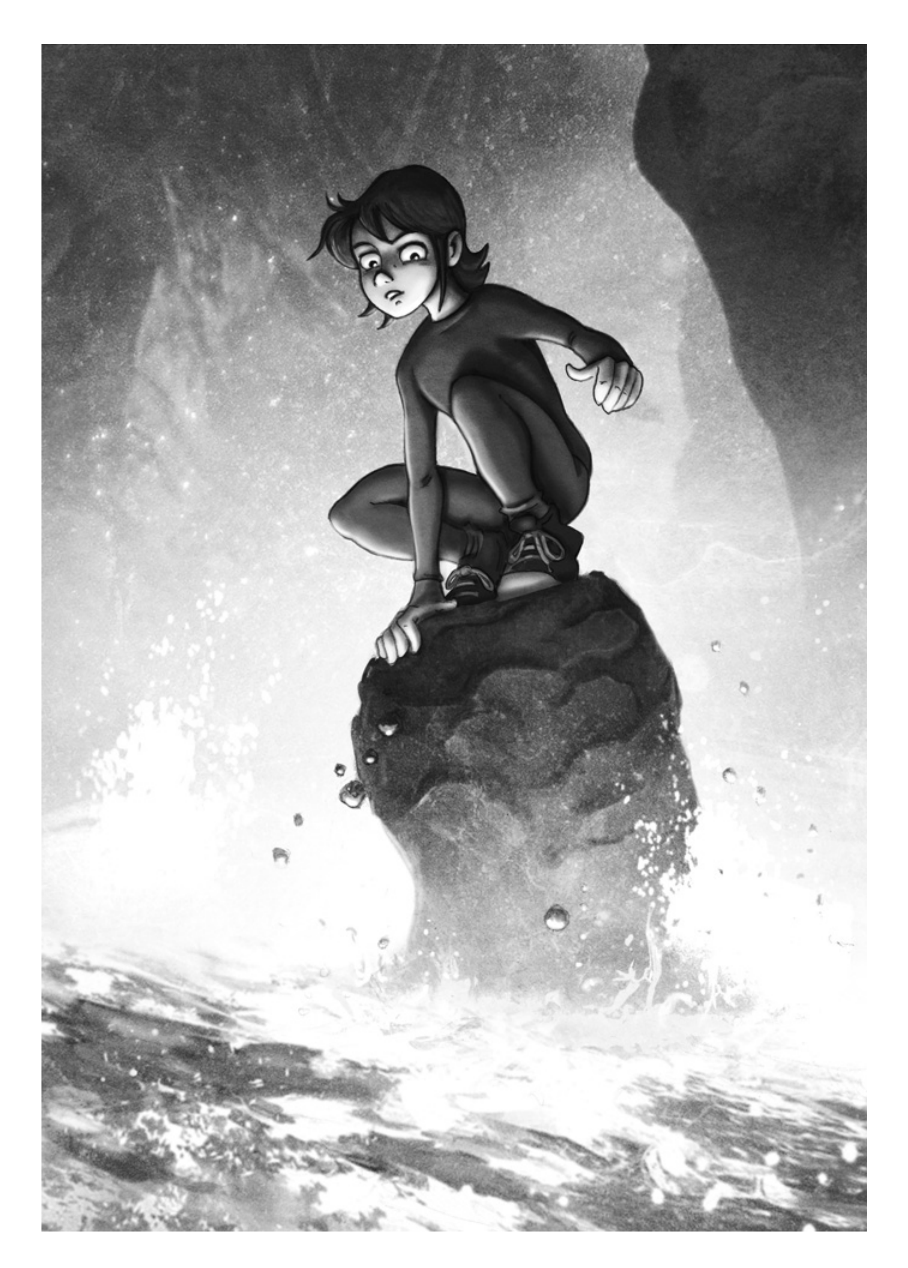
Varias rocas destacan en este lago caliente de color naranja.

Mido la distancia desde donde estoy hasta la primera de esas piedras y creo que puedo saltarla. Lo malo es si me paso.

Tomo carrerilla y salto.

He calculado la distancia a la perfección y alcanzo el centro de la plataforma de piedra sin mayor problema.

La siguiente es algo más difícil, ya que el borde queda por encima de mi cabeza… Tendré que saltar hacia adelante y hacia arriba.



Me preparo, observo los filos de la roca buscando los salientes a los que poder sujetarme en caso de que la cosa no vaya como a mí me gustaría.

Lleno mis pulmones con el aire caliente de la cueva y los vacío, resoplando, haciéndome a la idea de que tengo que saltar y, aun así,

retrasando el momento.

No puedo pensármelo más o no lo haré. Me impulso con las piernas y…

¡Oh, porras!

No he llegado.

Me sujeto a un borde estrecho y afilado, y afianzo los pies en un agujero. Me sangra la mano derecha. Me he cortado con la roca filosa al intentar agarrarme.

Mis dedos comienzan a soltarse, la sangre que brota de la herida hace que se resbalen.

Miro la masa espesa, anaranjada y humeante que se extiende bajo mis pies. Borbotea a una distancia que me parece escasa. Demasiado escasa.

Me duele la mano, pero eso no es lo peor.

Lo peor es que no sé cuánto tiempo más podré sujetarme sin perder el agarre.

Si no hago algo pronto, voy a caer en el lago de lava.

1

Los rayos de sol entraban por la ventana de la estancia y rebotaban en la madera, suave, brillante y gastada por el paso del tiempo de la mesa de la cocina —una mesa que, hasta donde yo sabía, había estado en la Mansión Black desde que el primer Black había puesto un pie en ella—. Mi tía bebía una taza de café a pequeños sorbitos y mordisqueaba una tostada con mermelada. Yo, mientras tanto, zambullía la cuchara en mi cuenco para, a continuación, acercarla rebosante de cereales empapados en leche a mi boca. Ninguna conversación entre nosotras empañaba el discurso de la vulcanóloga que, desde la pantalla del televisor, contaba lo que había comenzado a suceder hacía apenas un par de semanas.

Todo empezó en una pequeña isla del Pacífico, donde un volcán entró en erupción.

Hasta ahí todo normal.

Todos los años algún volcán se cansa y escupe su lava. Las personas que viven cerca de ese volcán son desalojadas, la erupción ocupa las noticias durante un tiempo y después todo el mundo se olvida. Todos, menos los afectados, claro.

Aquella pequeña isla del Pacífico por lo menos no estaba habitada, aunque la fauna y la flora del lugar eran ya irrecuperables.

Unos días después otro volcán comenzó a toser su lava. Esta vez en un islote no muy alejado del archipiélago de Hawái. Este sí causó más molestias, y por molestias quiero decir que descolocó por completo la vida de los habitantes de aquel pedazo de tierra.

Si la cosa se hubiese quedado ahí, no habría sido más que una triste coincidencia, pero no, no se quedó ahí.

A los cinco días de aquella segunda erupción, todas las cadenas abrieron la emisión con otra más. Esta vez en la India.

La gente ya comenzaba a estar algo suspicaz con tanto volcán en erupción, tanta lluvia de ceniza y tanta lava engullendo casas. Los vulcanólogos aparecían día sí y día también en diversos programas de televisión, desde las tertulias de la mañana a los informativos, pasando por programas del corazón; si bien, en la mayoría de los casos, apenas les dejaban hablar. Era el tema de moda y nadie iba a dejarlo pasar.

Tres volcanes en menos de una semana.

En los siete días posteriores, otros tres volcanes se hicieron con el foco de la atención mundial. Cada uno de ellos en un lugar diferente del planeta.

En las televisiones empezaron a dar altavoz a personas que poco tenían que ver con la ciencia y que hablaban del fin de los tiempos, castigos divinos y predicciones antiguas de culturas remotas, teorías que quedaban salpicadas entre los discursos de expertos que, en su búsqueda por encontrar una razón lógica a lo que estaba sucediendo, un motivo alejado de religiones y magias, afirmaban que todo era culpa del cambio climático.

Algunos ya empezaban a mirar de reojo en dirección al parque nacional de Yellowstone, en Estados Unidos, hogar de la caldera de Yellowstone, un supervolcán de unos setenta y dos kilómetros de largo por cuarenta y ocho de ancho que, de activarse, supondría una auténtica catástrofe a nivel global.

Y eso nos llevaba hasta aquella mañana en la que mi tía y yo desayunábamos en la Mansión Black con nuestros ojos fijos en la televisión, atentas a las palabras de aquella experta vulcanóloga, una de las mejores del mundo, quien llevaba un rato desmontando las hipótesis más locas surgidas durante las semanas previas.

Hasta Benson había hecho una pausa en sus tareas diarias para sentarse con nosotras a escuchar las palabras de aquella mujer.

«En conclusión —decía en aquel instante la experta—, no encontramos una explicación científica a lo que está sucediendo».

—Oh, claro —murmuró la tía Paula—. No la encuentran porque no la hay.

—¿Cómo que no la hay? —pregunté deteniendo la cuchara a medio camino entre el cuenco y mi boca y, con ello, poniendo la mesa perdida de leche—. ¿A qué te refieres con que no la hay?

Mi tía suspiró y cerró los ojos.

—¿Tía? —insistí—. ¿Qué sabemos sobre todo esto?

A esas alturas, tenía ya bastante claro que mi tía no me estaba diciendo todo lo que sabía. Abrió los ojos de nuevo y cruzó una mirada con Benson.

Es curioso cómo, siendo las miradas silenciosas, hay algunas que son capaces de contar una historia mucho más interesante que las que se cuentan con muchas palabras.

Aquella mirada me confirmó que Benson y la tía Paula sabían algo que yo ignoraba.

También me confirmó que no iba a pasar mucho tiempo hasta que yo supiese lo mismo que ellos ya sabían.

Ojalá haber podido seguir viviendo sumida en la ignorancia durante muchos más años.

—Hay algo que tenemos que contarte, cariño —dijo la tía Paula bajando el volumen del televisor—. Esto es algo que los Black llevamos temiendo mucho tiempo… Sabíamos que tarde o temprano volvería a suceder… Ojalá no nos hubiese tocado a nosotras…

—Tía, me estás asustando… ¿Qué está pasando? —interrumpí—. ¿Y qué tiene que ver con nosotras?

La tía suspiró.

—A ver cómo te lo explico… Digamos que desde hace milenios, cada cierto tiempo, los volcanes se despiertan… No sabemos los motivos… —se apresuró a explicar cuando vio la interrogación dibujada en mi rostro—. No, no los sabemos. Lo que sí sabemos es que esto iba a volver a suceder. Los Black lo hemos sabido siempre

y, por ello, hemos estado siempre alerta… Creemos que ocurre una vez cada tres mil años, aproximadamente… Tampoco hay nadie que conozca la frecuencia con exactitud… Pero debemos detenerlo o la humanidad será un mero recuerdo. Poco a poco, todos los volcanes del mundo se activarán y… —No hizo falta que terminase la frase, ya sabía cómo acababa.

Guardé silencio unos instantes mientras digería la información que acababa de darme la tía Paula.

—Ya, entiendo… —dije por fin—, ¿y cómo lo detenemos?

Benson tomó la palabra.

—En nuestra biblioteca existen unas crónicas escritas por uno de sus antepasados, Amanda —comenzó a explicar—. En ellas se habla de un ídolo de oro con el que hay que realizar un ritual…

—Vale, muy bien, pues hagámoslo —dije levantándome de la silla—. Vamos, no perdamos tiempo…

Mi tía y Benson cruzaron otra mirada igual de elocuente que la anterior.

Volví a sentarme en la silla que acababa de abandonar.

—Verás, cielo… La cosa no es tan sencilla —dijo mi tía.

—¿Por qué? ¿Qué problema hay?

Desde mi punto de vista la cuestión sí era TAN sencilla. Es decir, se trataba de algo tan simple como coger un muñeco dorado y decir algunas palabras o algo así… La verdad, no me parecía muy complicado. Había hecho cosas mucho más difíciles, como aquella vez que tuve que recorrer una ciudad llena de zombis —entre ellos mi tía y mis mejores amigos— para poder destruir la campana de Jade o cuando tuve que atravesar Egipto para recuperar una estatua… Esto me parecía, *a priori*, algo bastante más fácil.

—El ídolo lleva perdido más de dos mil quinientos años.

—Pues lo buscamos.

—Sí, por supuesto, eso por descontado —aseguró la tía Paula, nerviosa—, pero hay otro problema… —Volvió a mirar a Benson. Pude ver un grito de ayuda en aquellos ojos que tan bien conocía.

—Mi querida niña —tomó la palabra el mayordomo—, lo que la

señora Paula intenta decir es que el ritual debe realizarse en un templo de la Atlántida.

Miré a ambos.

Ambos asintieron en silencio.

La Atlántida, un mítico reino situado en una isla, mencionado por el filósofo Platón hace dos mil trescientos años —año arriba, año abajo— que se supone fue engullido por las aguas del océano para castigar a sus habitantes por su soberbia. Cuenta la leyenda que era un reino muy avanzado, una gran potencia militar que llegó a controlar el oeste de Europa y el norte de África, y que, según la escasa información que hay sobre él, estaba situado más allá de las columnas de Hércules, lo que en la actualidad sería el estrecho de Gibraltar.

¿Dónde se encontraba la Atlántida con exactitud? Nadie lo sabe.

¿Qué océano o mar la engulló? Ni idea.

Pero ¿su existencia no era un mito? Pues al parecer, no.

—Ah… Vaya… Pues eso sí que va a ser un problema —concluí yo apoyando los codos en la mesa y escondiendo la cara entre las manos—. ¿Al menos sabemos cómo es ese ídolo?

Tanto mi tía como Benson negaron con la cabeza.

A veces parezco tonta, por supuesto que no iba a ser algo tan sencillo como coger un muñeco dorado y hacer el ritual en cualquier sitio, no.

Si no lo había entendido mal, las cosas estaban así: primero, necesitaba encontrar un ídolo que nadie sabía cómo era y que llevaba perdido un montón de tiempo, y quiero recalcar el «perdido» en esta frase; y luego, si daba con él, y aquí quiero recalcar el condicional «si», tendría que buscar y encontrar el reino perdido de la Atlántida, esta vez también quiero recalcar el «perdido».

Un ídolo perdido y una ciudad perdida.

En esta misión, había demasiadas cosas perdidas.

Y yo tenía que encontrarlas si pretendía evitar que la humanidad sucumbiese a los volcanes.

2

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Eric con una enorme sonrisa en sus labios.

Había llamado a mi amigo tan pronto como la tía Paula y Benson acabaron de ponerme al corriente de todo lo que sabían sobre el ídolo y la Atlántida. Eric había dejado todo lo que estaba haciendo para venir a ayudarme.

No sabía qué haría sin él.

Nos encontrábamos en el taller, situado en el sótano de la Mansión Black, que era el lugar donde preparábamos todas nuestras misiones. Un amplio espacio con paredes de ladrillo visto y altos techos abovedados en el que guardábamos todos los medios de transporte que poseíamos los Black —aviones, helicópteros, coches, motocicletas y hasta una lancha—, también contaba con una completa biblioteca, una zona de ordenadores, un vestidor organizado en vitrinas colocadas en vertical que contenían todos los trajes que necesitábamos —desde trajes de noche a monos de esquí o de escalada, entre muchos otros— y, por supuesto, la Galería de los Secretos, el lugar en el que conservábamos los objetos que conseguíamos sacar de la circulación.



—Lo primero es dar con el ídolo de oro —comencé a explicar—. Mi tía y Benson no tienen ni idea de dónde puede estar, lleva perdido un montón de años. Después tendremos que encontrar la entrada a la Atlántida, para esa segunda parte de nuestra misión sí que tenemos una pista.

—¿Y cómo es ese ídolo?

—No tenemos ni idea.

—Vale —resopló Eric apretándose el puente de la nariz con dos dedos—, ¿qué pistas tenemos?… Si es que tenemos alguna, claro.

—Según la crónica de uno de mis antepasados, existe un texto… Un diálogo perdido de Platón. Tendremos que dar con él. —Otra cosa perdida en esta misión repleta de cosas perdidas—. Su rastro desaparece en una imprenta de Venecia, la imprenta Aldina… En el siglo XV, así que tendremos que viajar allí, pero creo que primero tenemos que centrarnos en el ídolo. Sin él esta misión está condenada al fracaso.

—¡Qué fuerte! Un manuscrito desaparecido en el siglo XV —comentó Eric negando con la cabeza—. En fin, tienes razón. De momento, busquemos el ídolo… Y luego ya decidiremos. Deja que vea qué tenemos aquí. —Eric se levantó de la silla y se acercó al mapa que habíamos extendido sobre la mesa de reuniones—. ¿Me alcanzas un rotulador?

Hice lo que me pedía. Él se inclinó sobre el mapa y comenzó a marcar puntos sobre él.

—¿Qué haces?

—He tenido una idea. Puede que sea un tiro al aire, pero por intentarlo no perdemos nada… Apunta todo lo que sabemos sobre cada uno de los volcanes… Latitud, fecha y hora de erupción, altura… Todo.

Hice lo que me pedía. Cuando terminé, le pasé el cuaderno con todos los datos.

—Voy a tener que utilizar el ordenador… —murmuró más para sí mismo que para informarme a mí—. Amanda, hazme un favor. Mira en el manifiesto, no sea que tengamos ya el ídolo o, al menos, una descripción de él… Y en la biblioteca hay un libro sobre volcanes del mundo… Acércamelo, por favor. —Pareció pensar unos instantes y después continuó—: No, tú mira el manifiesto, yo cogeré el libro. La verdad, es algo complicado explicar dónde está.

—Vale —acepté dirigiéndome ya al manifiesto de los Black. En

él se encontraba toda la información, no solo sobre los objetos que ya acogía en su interior la Galería de los Secretos, sino que además agrupaba todo lo que sabíamos sobre otras posibles reliquias peligrosas, aunque todavía no nos hubiésemos hecho con ellas.

—Amanda, el manifiesto está informatizado —dijo Eric con los ojos centrados en la pantalla en la que cientos de cifras aparecían y desaparecían a la velocidad del rayo—. Usa ese otro ordenador, anda.

Decir que me sentí tonta es un eufemismo.

Corregí el rumbo para dirigirme a donde me había indicado mi amigo sin ni siquiera detenerme, sintiendo cómo mi rostro se ponía rojo por la vergüenza. Parecía mentira que nunca me acordase de que el manifiesto estaba ya informatizado…

Los dos trabajamos en silencio, yo comencé buscando todo lo que teníamos en nuestros archivos —ahora, volví a recordarme, informatizados— sobre ídolos de oro para, a continuación, buscar solo ídolos, después hice búsquedas con las palabras: volcán, dorado, Atlántida, oro, isla… Todo lo que se me ocurrió.

Y nada.

En el manifiesto no había nada que pudiese darnos una pista sobre el paradero del maldito ídolo o de su aspecto.

—¡Qué fuerte! —murmuro Eric.

Lo miré y vi que se encontraba tan cerca de la pantalla que podría haberla besado.

—¿Tienes algo? —pregunté levantándome y acercándome a él.

—No. Nada. He cruzado todos los datos que se me han ocurrido y no hay nada que tenga sentido… Estaba buscando un patrón, algo que seguir… Pero no encuentro nada.

Echó la silla para atrás y se alzó estirándose.

—¿Y qué hacemos? —pregunté.

Eric caminó de nuevo en dirección al mapa en el que habíamos marcado los volcanes y se paró frente a él.

Pasó un rato mirándolo con fijeza.

Se rascó la cabeza.

Estaba pensando.

Volvió a coger el rotulador con el que había dibujado un punto sobre cada una de las erupciones y comenzó a trazas líneas que a mí me parecieron al azar.

Al menos al principio.

Primero trazó líneas rectas uniendo todos los puntos.

Observó su obra de arte con detenimiento.

A continuación, dibujó un gran círculo alrededor de todos los puntos.

Volvió a observarlo con el ceño fruncido y se rascó la cabeza. Continuaba pensando, tratando de encontrarle un sentido a todo. Por experiencia, sabía que lo mejor que podía hacer yo era no distraerlo en aquellos momentos.

Midió el diámetro del círculo que había dibujado.

Sacó el radio.

Se fue al ordenador de nuevo.

A partir de este momento, yo me perdí un poco. Él hizo unos cálculos sobre un mapa informatizado que a mí me parecieron mágicos. Cuando terminó, se dio la vuelta en la silla y me miró sonriendo.

—Tengo una latitud… No es mucho y puede que me la esté inventando, pero no tenemos otra cosa.

—No entiendo lo que has hecho —comenté con un resoplido.

—Mira. —Volvió a girarse hacia la pantalla y señaló con el índice el círculo que había dibujado sobre el mapa—. Si te das cuenta, todos los volcanes que han entrado en erupción forman una circunferencia perfecta, un círculo. Tal vez en su centro encontremos el ídolo…

—Es una locura —interrumpí—. Puede ser una casualidad.

—Ya, pero no tenemos otra cosa —repitió encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hay en ese centro?

—Parece una isla, espera. —Tecleó algo y el punto que había marcado en el centro comenzó a acercarse en la pantalla. Pasó a

vista de satélite—. Es un islote. En el Atlántico. Frente a la costa africana.

Mi amigo tenía razón, no había ninguna otra pista que pudiésemos seguir… ¿Y cuál era la probabilidad de que todos los volcanes formasen un círculo perfecto? No me apetecía calcularlo, no soy yo de ponerme a hacer operaciones matemáticas si no es por obligación, pero algo me decía que esa probabilidad era muy baja.

—De acuerdo, iremos —concluí tras pensarlo durante unos minutos—. Veamos qué hay en ese islote.

3

Ese mismo día comenzamos a preparar el viaje. Calculábamos que para esta misión no nos iba a bastar con un fin de semana, había demasiadas cosas que buscar. Por suerte, estábamos de vacaciones y hasta cinco días después no tendríamos que regresar al instituto.

Había mucho que organizar. Volaríamos en uno de los aviones de los Black, uno de los más pequeños, con despegue y aterrizaje vertical, ya que no contábamos con que en aquel islote hubiese una pista de aterrizaje para nosotros. Sí contábamos con no tener que darle explicaciones a nadie, por lo que Benson había habilitado todos los recursos disponibles en aquella pequeña aeronave para pasar desapercibidos ante cualquier radar.

—¿Está habitado ese islote? —pregunté sin dejar de colocar piezas del equipo que necesitaríamos sobre la mesa del taller.

—Déjame que lo compruebe. —Eric dejó lo que estaba haciendo, se aproximó a la zona de ordenadores y tecleó algo en uno de ellos —. No, allí no vive nadie.

—Algo menos de lo que preocuparnos —repliqué—. Busca alguna zona donde podamos aterrizar, por favor.

Volví a escuchar el rápido teclear de mi amigo.

—Creo que lo tengo. Ven a ver si te sirve —me acerqué a él, señalaba con el índice una zona de aquel pedazo de tierra—. Es una playa, creo que puede valer.

Miré la pantalla.

—Acerca la vista, porfi —pedí. Volvió a pulsar algunos comandos en el teclado y pude ver una playa perfecta de arena

blanca y lisa que brillaba al sol—. Tengo espacio de sobra —confirmé sonriendo—. Eric, hay algo que me preocupa…

—Todo va a ir bien, no tienes por qué preocuparte —contestó girándose hacia mí.

—No, no es nada de la misión… Es por ti. —Hice una pausa—. Por Esme… ¿No se enfadará contigo si nos marchamos todas las vacaciones?

—Espero que no. Hablaré con ella… Supongo que lo entenderá.

—Si quieres quedarte, puedo hacer esto sola. En realidad, no te necesito en aquella isla.

—Nononononono… Ni hablar. Nada de eso.

—Pero es que… —intenté rebelarme.

—Mira, voy a llamar a Esme ahora mismo —me interrumpió Eric—. Si se enterase de que permito que vayas tú sola, se va a enfadar conmigo… Y con razón.

Intenté continuar protestando mientras él marcaba el número de teléfono de nuestra amiga en su móvil. Enseguida cortó mis balbuceos con un gesto seco de su mano.

—Esme… Soy yo, ¿cómo estás? —Guardó silencio mientras Esme contestaba—. Mira, es que Amanda dice que quiere ir sola a esta misión porque tiene miedo de que te enfades conmigo si me voy otra vez de viaje con ella… ¡No! ¡Espera! No me digas nada, voy a ponerte en manos libres y se lo dices a ella, que está aquí mismo.

Eric pulsó la tecla de manos libres y pude escuchar la voz airada de Esme.

—¿Amanda?

—Saluda, Amanda —dijo Eric con cierto recochineo en la voz.

—Hola, Esme —susurré avergonzada.

—Tú eres tonta, ¿verdad? —escuché el tono airado de Esme y agaché la cabeza—. Es que si no, no me cabe en la cabeza que creas que me voy a enfadar por eso… Me enfadaría si él no te acompañase. Tú no puedes con todo esto sola y, ya que no me dejas ayudarte, por lo menos que te ayude Eric, pero sola no vas a ir. Si

Eric no va, voy yo, pero sola no vas a ningún sitio, que lo sepas.

—¿Qué te había dicho? —rio mi amigo.

—Vaaaaaale —accedí—. Pero por lo menos quedad esta tarde y os despedís. Esta misión nos va a llevar varios días…

—Amanda, lo que necesitéis —dijo mi amiga—. Lo que haces es muy importante… Eso sí, no me importaría ver a Eric esta tarde… Si es posible, claro.

—¡Por supuesto que es posible! —exclamé—. Saldremos mañana a primera hora, así que la tarde la tiene libre.

—La verdad es que me gustaría que tú también vinieses, Amanda —confesó mi amiga—. Últimamente no quedas nunca con nosotros y tengo muchas ganas de verte.

—Pero… —intenté buscar una excusa a toda velocidad. Quería que estuviesen solos ellos dos, pero Esme fue mucho más rápida que yo.

—Pues decidido. Pasad a buscarme por casa a las cinco y media, ya decidiremos dónde vamos. Adióóós —se despidió con voz cantarina.

Esme cortó la llamada.

Miré a Eric, que me devolvió la mirada con una sonrisa en los labios y las cejas levantadas. No le hizo falta decirme «te lo dije», con aquel gesto bastaba.

—Vale, sí, tenías razón —acepté riéndome—. Es solo que no quiero molestaros… Ya te robo demasiado tiempo con las misiones…

—¡Qué fuerte! ¡A mí me encantan nuestras misiones! Además, veo a Esme a diario en el instituto.

—Bueno, eso es verdad, pero… ¡Yo qué sé! —En realidad no encontré ningún «pero». Él tenía razón.

—Venga, deja de pensar en eso y terminemos con el equipo que necesitaremos. Todavía falta mucho por organizar, pero esta tarde nos la vamos a tomar libre los dos. A ti también te hace falta disfrutar un poco de la vida.

Me encogí de hombros. No creía que fuese a ser el fin del mundo

si pasaba una tarde con mis amigos. Si faltaba algo, le pediría a la tía Paula que lo metiese en el avión por mí. Al fin y al cabo, ella también llevaba algunos días insistiéndome en que tenía que salir más. No iba a enfadarse cuando me disponía a seguir su consejo.
Entre Eric y yo terminamos de preparar el equipo a tiempo y Benson nos hizo el favor de acercarnos hasta casa de Esme.

—Cuando queráis regresar a la Mansión Black, me llamáis —pidió el mayordomo al dejarnos frente a la casa de nuestra amiga—. Vendré a buscaros.

Eric iba a quedarse en casa a dormir porque al día siguiente partiríamos muy temprano, pero ahora teníamos varias horas para divertirnos como adolescentes normales y eso es lo que pensábamos hacer.

No me di cuenta de lo mucho que echaba en falta salir hasta que lo hice. De no ser por Eric, creo que no saldría nunca. Estaría siempre estudiando, entrenando con la tía Paula y llevando a cabo misiones… Siempre me fastidiaba tener que darle la razón a Eric, pero no podía hacer ninguna otra cosa. De haber sido la razón algo físico, mi amigo habría muerto enterrado bajo varios millones de kilos de ella.

Recogimos a Esme y entre los tres decidimos el plan de la tarde.

Al principio se nos ocurrió ir al cine a ver la última película de superhéroes que acababa de estrenarse. Lo malo de ese plan es que no nos permitiría charlar, así que al final decidimos ir a una cafetería que habían inaugurado hacía menos de un mes. Quienes ya la conocían decían que en ella hacían las mejores tartas de la ciudad. Allí podríamos hablar y pasar un buen rato los tres juntos.

Nos dirigimos a la cafetería y al entrar fue como hacerlo en otro mundo. La decoración, sencilla pero cuidada, nos dejó casi sin respiración: mesas y sillas de madera en un espacio de paredes blancas decoradas con macetas de plantas colgantes y cuadros pintados con tonos verdes y tierra; el suelo, también de madera, tenía vetas verdosas que combinaban a la perfección tanto con los cuadros como con las plantas. El interior, casi en penumbra, estaba

iluminado por farolillos y velas dentro de vasos de colores, cuyas llamas titilaban con suavidad. Era como entrar en un bosque mágico.

En el local había una zona de biblioteca y otra de juegos. La primera con estanterías llenas de libros que los clientes podían tomar prestados mientras disfrutaban de una bebida; mientras que, en la segunda, los estantes acumulaban juegos de mesa que, por el aspecto de las cajas, se utilizaban bastante a menudo. Había dos pequeños grupos en la zona de juegos con los tableros extendidos sobre las mesas, desde allí llegaban risas y el murmullo continuo de las conversaciones.

Esme, Eric y yo pedimos unos batidos acompañados de tres porciones de tarta, una de zanahoria para Esme, una de tres chocolates para Eric y una *red velvet* para mí. Yo pensaba probar las suyas y ellos pensaban probar la mía… Incluso decidimos que, si después de estas porciones exageradamente generosas queríamos más, pediríamos otras tres. Todas aquellas tartas tenían una pinta deliciosa y nos costó bastante elegir.

Reímos y charlamos durante toda la tarde… Y sí, pedimos tres raciones más de pastel. Yo quería retrasar el momento de la despedida porque eso supondría volver a preocuparme por la misión que Eric y yo nos traíamos entre manos.

Cuando estábamos apurando nuestros batidos, mi móvil y el de Eric sonaron a la vez.

Ambos miramos nuestras pantallas.

Se trataba de un mensaje de la tía Paula en el que nos decía que otro volcán había entrado en erupción.

Los dos cruzamos una mirada que no le pasó desapercibida a Esme.

—¿Qué sucede, chicos? —preguntó preocupada. A continuación, su voz se convirtió en apenas un susurro—: Esta misión vuestra… ¿Tiene que ver con lo que está sucediendo con los volcanes?

—Sí —confirmé mirando al suelo.

—¿Y qué pasa si no lo solucionáis? —contraatacó mi amiga

cogiendo la mano de Eric casi sin darse cuenta.

Mis ojos se clavaron en los suyos, pero no pude mantenerle la mirada. ¿Cómo le dices a tu mejor amiga que el mundo va a explotar si no haces bien tu trabajo?

—Entiendo —dijo ella. No hizo falta que se lo explicase—. Pero confío en vosotros, sé que lo vais a arreglar… ¿Puedo preguntaros qué tenéis que hacer?

Eric tomó la palabra.

—Mañana viajamos a un islote situado frente a la costa atlántica de África… Creemos que allí encontraremos un ídolo con el que hay que realizar un ritual.

—Bueno, parece sencillo —comentó Esme con una sonrisa frágil en los labios.

—Lo es —repliqué de manera atropellada. Quería tranquilizarla a toda costa. No era necesario que supiese que no teníamos ni idea de si allí encontraríamos el dichoso ídolo o no… Ni siquiera sabíamos cómo era… Tampoco necesitaba saber que el ritual debía celebrarse en la Atlántida, con todo lo que eso suponía—. No te preocupes, vamos a arreglar todo este jaleo de los volcanes.

Eric entendió lo que intentaba hacer y me siguió la corriente.

—Sí, es una de las misiones más sencillas que hemos tenido nunca —confirmó—. No tienes que preocuparte por nada.

Esme volvió a sonreír.

—Confío en vosotros. —Nos cogió una mano a cada uno y prosiguió—. Y si os hace falta cualquier cosa, me llamáis. Lo que necesitéis.

El buen ambiente que habíamos tenido durante la tarde se rompió con el mensaje de mi tía. Nuestro ánimo, antes alegre y positivo, se había tornado lúgubre y apagado.

Poco después, me levanté y les dije que iba a llamar a Benson. Quería dejarles un rato a solas para que se despidiesen.

Pagué la cuenta y salí a la calle, en la que ya había caído la noche. Busqué en el navegador de mi móvil el nuevo volcán que había entrado en erupción. Antes de partir al día siguiente,

necesitaríamos incluir sus datos en el mapa y ver si también formaba parte de la circunferencia en la que se situaban los otros. De no ser así, el viaje al islote sería en vano, la teoría de Eric se desmontaría. Sin embargo, si sus coordenadas se situaban en el perímetro… Bueno, eso sería una buena señal.

Benson llegó poco después y acercamos a Esme a su casa.

Yo me despedí en el coche, mientras que Eric la acompañó hasta la puerta.

Cuando estuvimos de nuevo a solas en el automóvil, Benson le tendió a Eric su dispositivo.

—¿Cómo sabías que lo necesitaba? —preguntó sorprendido.

—Ay, señorito Eric, me extraña que todavía no sepa que yo siempre sé estas cosas —suspiró Benson lanzándole a mi amigo una mirada divertida por el retrovisor.

Desde el asiento del copiloto, miré al mayordomo con una carcajada deseando salir de mi boca. Benson nunca dejaría de asombrarme. Lo adoraba.

Eric asintió meneando la cabeza con un gesto de incredulidad y después centró toda su atención en el dispositivo.

—Estás viendo si la situación del volcán coincide con tu teoría, ¿verdad? —pregunté.

—La duda ofende, amiga mía —replicó Eric.

No pasó mucho tiempo hasta que del asiento de atrás nos llegó una exclamación.

—¡Qué fuerte! —Eric sonaba casi alegre.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté volviéndome hacia él.

Por su sonrisa supe que estábamos en el buen camino. No todo parecía perdido. Aun así, mi amigo nos lo confirmó.

—Mira, coincide. —Giró la pantalla de su dispositivo para que yo pudiese verlo. Un punto rojo brillaba en el diámetro de un círculo trazado sobre un mapa—. Estamos en el buen camino. No todo está perdido.

Un gesto de satisfacción se extendió por el rostro de Benson, sentado a mi lado. Él fue mucho más discreto que nosotros, que no

pudimos reprimir varios gritos, exclamaciones y risas.

Teníamos un punto de partida.

Y parecía bueno.

4

Partimos a la mañana siguiente, antes de que el sol comenzase siquiera a salir. En la Mansión Black se quedaban Benson y la tía Paula, quienes irían recopilando toda la información que encontrasen sobre la imprenta Aldina y el texto de Platón, mientras nosotros buscábamos el ídolo. Eran demasiadas las cosas que todavía desconocíamos y el tiempo jugaba en nuestra contra. Si la caldera de Yellowstone entraba en erupción, nada de lo que hiciésemos valdría para nada, todo sería en vano… Y, si bien no se encontraba en el perímetro del círculo de Eric, si las cosas seguían así, tarde o temprano comenzaría a escupir su lava.

Debíamos detenerlo o sería el fin de la humanidad.

El vuelo duró varias horas.

La verdad, horas bastante tranquilas. Ojalá toda la misión hubiese sido como aquel vuelo, pero nada más lejos de la realidad. Aquel fue, más o menos, nuestro último momento de paz.

Por fin llegamos al islote y aterricé en la playa prevista.

Antes de descender, activé el camuflaje, así nadie que sobrevolase la zona sería capaz de ver el avión. Al salir, vi que el fuselaje se había tornado del color de la arena que lo rodeaba. Tras caminar unos pocos pasos, comprobé que ni siquiera desde la tierra era visible. Habría que chocar con nuestro avión para poder verlo. Literalmente.

La habilidad de Benson no dejaba de maravillarme porque, por supuesto, ese camuflaje era obra del mayordomo.

—Vale, ya estamos aquí —dije—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Bueno, las coordenadas que buscamos están en el interior, casi en el centro de este islote —contestó Eric mirando la pantalla de su dispositivo.

Ambos portábamos sendas mochilas llenas con el equipo que creíamos que íbamos a necesitar y vestíamos monos —por supuesto, negros— de neopreno…, por si había que meterse en el agua. Además, también incluía equipos de buceo —que pesaban muchísimo—, guantes, pies de gato, cuerdas y arneses —por si teníamos que escalar— y un montón de cosas más.

Aquellas mochilas eran casi más altas que nosotros. Por suerte, aquel islote no era muy grande y no tendríamos que cargar con ellas durante mucho rato.

Miré a mi alrededor. Siendo honesta, tenía que decir que la playa era maravillosa. Toda aquella arena fina brillaba bajo los rayos del sol con multitud de reflejos dorados y creaba un contraste precioso con el mar, en cuyas aguas, azules y cristalinas, era posible ver una miríada de coloridos peces que hacían sus cosas de peces. Tras la playa comenzaba un bosque, con palmeras muy altas y otros árboles que no reconocí, pero que apenas permitían el paso de la luz diurna entre sus hojas.

Pensé que podría «perderme» en aquella playa durante un tiempo.

Luego pensé que no tenía ese tiempo y, con un gesto, llamé a Eric para ponernos en marcha.

Caminamos despacio entre los árboles acarreando todo aquel peso a nuestras espaldas. Si al final no necesitábamos nada de lo que llevábamos en aquellas mochilas, me iba a sentir muy idiota. Me iba a sentir la persona más idiota del mundo.

Yo encabezaba la marcha abriendo paso con un machete y Eric me seguía casi pegado a mi espalda.

—Aquí tiene que haber un montón de animales venenosos —comentó mi amigo—. Yo qué sé, serpientes, escorpiones, arañas…

Frené en seco.

—¿Arañas? —pregunté sin darme la vuelta. No quería que Eric

viese el terror que acababa de provocarme con sus palabras. Yo odio las arañas. Desde siempre. Me da igual que sean grandes o pequeñas, las odio—. ¿Arañas venenosas? ¿Estás seguro de que aquí hay arañas venenosas?

—Eeeeeeh… No, no estoy seguro, pero lo lógico es que las haya, ¿no?

—No sé muy bien por qué va a ser lógico —comenté girándome para ponerme frente a él.

—A ver, pues porque viven en sitios como este… —En ese instante Eric recordó el terror que me producen las arañas e intentó arreglarlo—. Pero también es posible que me equivoque… Seguro que no las hay… A ver, ¿qué pruebas tenemos de que aquí haya arañas? NINGUNA. Yo no he visto ni una sola araña… ¿Tú has visto alguna?

—No, no he visto ninguna… Y no quiero verlas. No vuelvas a mencionarlas —pedí con un estremecimiento—. Ah, y si ves alguna, no me lo digas, por favor.

Continuamos la marcha en un silencio apenas roto por las indicaciones que iba dándome mi amigo. Eric iba señalándome los giros y vueltas que nos llevarían hasta las coordenadas que marcaban el centro del círculo formado por los volcanes.

Por fin llegamos.

—Es aquí —comentó Eric quitándose la mochila de la espalda y tirándola al suelo. Su rostro estaba empapado en sudor—. Me estoy asando con este traje. Hace muchísimo calor en este lugar.

Casi no escuché lo que decía, mis sentidos Black estaban funcionando al cien por cien. Escaneando el entorno, buscando algo que nos llevase al ídolo… Pero el área no parecía más que otra zona de jungla como la que acabábamos de atravesar.

Solté mi mochila y me senté junto a ella sin dejar de vigilar todo lo que había a nuestro alrededor.

Aproveché para beber agua, no podíamos deshidratarnos y, con aquel calor, era lo más probable. Noté mi cabello empapado en sudor y gotas que resbalaban por mi rostro. El traje de neopreno

tampoco ayudaba a que nos sintiésemos mejor. Me enjugué la cara con la manga y volví a levantarme.

—Aquí no hay nada —comenté dando un par de pasos sin rumbo alguno. Me detuve y me di la vuelta para mirar a mi amigo.

En ese momento, el suelo cedió bajo mis pies.

Con un salto, me planté junto a Eric y tiré de él para alejarnos de la fosa que se acababa de abrir bajo nosotros. Nos alejamos varios metros y vimos cómo, poco a poco, el suelo que nos había parecido tan firme segundos antes iba desapareciendo ante nuestros ojos. Todo temblaba a nuestro alrededor. Aquel agujero estaba engullendo árboles, piedras, tierra, arbustos…

Todo.

Cuando pasó la conmoción y nos pareció que ya no iba a abrirse más aquella sima, nos acercamos con cautela y nos asomamos al interior.

—Vas a pensar que estoy loco, pero esto me parece una cueva —dijo Eric intentando disimular sus nervios. Estaba asustado, había estado a punto de morir y necesitaba asimilar lo que acababa de suceder.

—¿Estás bien?



—¡Qué fuerte! Sí… Estoy bien… Menos mal que estabas aquí, si no, me hubiese caído de cabeza en ese agujero… ¿Qué hacemos? ¿Bajamos?

—Bueno, no creo que nos queden muchas más opciones… —dije encogiéndome de hombros—. Pero no creo que sea buena idea que

vengas conmigo.

—Mira, Amanda, a ver cómo te lo explico… Yo aquí no me voy a quedar solo, vete tú a saber qué animales salvajes hay en esta jungla… No tengo muchas ganas de enfrentarme a ellos.

Supe que mentía, pero no dejaba de haber un punto de verdad en su argumento. Tal vez fuese buena idea que viniese conmigo, por lo menos mientras la cosa no se pusiese excesivamente peligrosa.

Volví a mirar al interior del agujero, una boca dentada de unos diez metros de diámetro. Gracias a que la zona había quedado despejada de árboles, podíamos ver el fondo, a unos cinco o seis metros de profundidad. Podríamos descender con las cuerdas, haciendo rapel. Preparé el equipo bajo la atenta mirada de Eric, que comprobó dos veces todos los nudos y cuerdas. Primero descendería él; a continuación, bajaríamos las mochilas; y, por último, iría yo.

—Ponte el casco —dije colocándoselo sobre la cabeza. Él se lo abrochó—. Y ten cuidado.

Mi amigo desapareció por la abertura. Comencé a preparar las mochilas para bajarlas, pero antes se me ocurrió mirar en su interior… Tal vez…

Sí, ahí estaba. Una escalerilla de cuerda. Podía hacernos falta para regresar al exterior. La fijé a un par de árboles y la solté por el borde de la abertura.

—No me digas que teníamos una escalera —escuché la voz de Eric desde el fondo.

—¡Sí! Pero es más rápido bajar como lo has hecho tú… ¡Te mando las mochilas! —repliqué.

Después descendí yo. Ni siquiera necesité hacer rapel, al fin y al cabo, era una Black. Solo necesité dar un salto y caí flexionando las piernas para no hacerme daño en el suelo de roca.

—¿En serio? —preguntó Eric junto a mí—. ¿Tenías que bajar así?

—Era lo más rápido —comenté alzándome sobre mis piernas y sacudiéndome la tierra de las manos—. ¿Y ahora? ¿A dónde vamos?

—No hay mucho donde elegir —dijo Eric señalando a una de las

paredes de la cueva.

Miré a mi alrededor y vi que no se equivocaba.

Solo un túnel partía desde aquella gruta. Estrecho y tenebroso… Nada apetecible.

No quedaba otra cosa que hacer más que seguirlo.

Desatamos las mochilas, busqué el casco en el interior de la mía y me lo puse. A continuación, nos adentramos con nuestros equipos en la oscuridad de aquel pasadizo.

5

Encabecé la marcha; si algo nos atacaba, no quería que fuese Eric el primero en encontrárselo. Aquella galería era tan estrecha que apenas podíamos avanzar de frente. Si se estrechaba más, tendríamos que dejar las mochilas… Y con ellas todo nuestro equipo. Y no queríamos eso.

Nos alumbrábamos con las luces de nuestros cascos.

El pasadizo no era muy alto tampoco, el techo se encontraba a un par de dedos sobre nuestras cabezas. Descendíamos hacia lo desconocido. La sensación de asfixia fue creciendo en nuestro interior, pero intenté mantener la calma para no asustar a mi amigo. No obstante, rogaba en silencio porque aquello acabase pronto.

No podía dejar de imaginar arañas y otros seres viscosos y repugnantes en aquella oscuridad, preparados para saltar sobre nosotros.

Miré por encima del hombro a Eric y, por el gesto de su rostro, supe que él estaba pensando lo mismo que yo. Le lancé una sonrisa de ánimo que me devolvió sin dudar. Él no estaba acostumbrado a estas cosas y me maravillaba lo que era capaz de hacer por mí. Tenía muy claro que él hubiese preferido quedarse en el exterior, lo de que no quería quedarse solo era mentira. Lo que no quería era dejarme sola a mí y por ello le estaba muy agradecida.

No iba a permitir que le sucediese nada malo.

Por fin salimos a otra gruta. El techo de esta quedaba bastante por encima de nuestras cabezas. Arriba había un pequeño tragaluz

natural que permitía el paso de los rayos del sol, que rebotaban contra las paredes rocosas de la cueva. La vegetación crecía en los huecos más insospechados y descendía por los muros como una cascada verde. La humedad del ambiente nos abofeteó los rostros.

—Madre mía, qué bochorno —dijo Eric quitándose la mochila y desenganchando la cantimplora para beber agua.

—Es por el estanque ese —señalé a una masa de agua que ocupaba todo el centro de la caverna.

Solté mi mochila y recorrí los muros que nos rodeaban.

—Aquí no hay ningún otro pasadizo… —comenté tras recorrer la cueva entera.

Eric dejó de beber a la vez que en sus rasgos se dibujaba un gesto asustado. Sus ojos y los míos viajaron a la vez hasta el estanque.

—¡Ni hablar! —exclamó—. No, sé lo que estás pensando y es muy peligroso… No voy a permitir que lo hagas.

Me senté junto a él y apoyé mi mano en su hombro intentando tranquilizarlo.

—Eric, no queda otra… Y yo estoy entrenada para esto —intenté razonar.

—He dicho que no.

—Entonces, tu plan es permitir que todos esos volcanes entren en erupción, ¿no?

Eric guardó silencio.

Lo miré con una ceja levantada y media sonrisa en los labios.

—Llevarás una cuerda atada y darás tres tirones si ocurre algo, así sabré que tengo que traerte de vuelta —me advirtió.

—Lo haremos como tú quieras, pero sabes que tengo que ir.

Eric refunfuñó algo que no pude entender y comenzó a preparar el equipo que íbamos a utilizar.

—Estaremos en contacto continuo. Llevarás el intercomunicador conectado e irás hablando cada poco para que yo sepa que estás bien y llévate este rotulador, pinta debajo del agua… Me lo explicó Benson… Por si tienes que marcar algún desvío.

—Vale —accedí cogiendo el rotulador que me tendía sin dejar de ponerme el equipo de buceo.

—Conecta el seguimiento en el reloj, así podré saber dónde estás en cada momento.

—Vale, ya está hecho.

—Y lleva la botella esa, la chiquitita, la de emergencia… —insistió.

—La tengo aquí —dije señalando la parte baja de mi espalda, en donde la pequeña botella amarilla destacaba sobre el negro del traje de neopreno.

—Deja que revise tu equipo… No quiero accidentes ahí abajo.

Se acercó a mí y comenzó a revisar todas las correas que sujetaban el *rebreather* a mi espalda para, a continuación, comprobar el propio reciclador de aire.

—Eric, he hecho esto antes… Sé bucear y mi tía me ha entrenado para hacer cuevas, tranquilo…

—¿Has cogido el cuchillo? —me interrumpió sin apenas prestarme atención.

—Sí, está en su funda, en mi pierna —confirmé sin poder reprimir la risa. De repente, mi mejor amigo se había convertido en una abuela preocupada y sobreprotectora—. Estaré bien, en serio.

Eric me lanzó una mirada suspicaz y emitió un sonoro suspiro.

—Vale, deja que compruebe las comunicaciones y puedes marcharte. —Extrajo su dispositivo de la mochila y se puso un auricular con micrófono incorporado. Después tecleó durante unos segundos—. Vale, probando, probando. ¿Me escuchas, Amanda?

—Claro, estás a mi lado. —Una carcajada explosiva salió de mi boca.

—Tómatelo en serio, Amanda —parecía enfadado, pero me di cuenta de que estaba conteniendo la risa.

—Sí, perdona… Espera, que me pongo la máscara. —Me ajusté las correas de la máscara y le hice la señal de OK: el dedo índice y el pulgar juntos, formando una O y el resto de los dedos levantados.

—¿Ahora me oyes? —Repetí la señal con mi mano derecha—. Di

tú algo, a ver si yo también te escucho.

—¿Me puedo ir ya? —pregunté divertida—. Eres peor que mi tía.

Eric clavó su mirada en la mía con gesto serio, pero no aguantó ni dos segundos sin reírse.

—Vaaale, vale. ¡Qué fuerte! Es que ya no puede uno ni preocuparse por sus amigas. —Comprobó las correas de la máscara mientras lo decía—. Venga, al agua… ¡Y vuelve pronto! —ordenó cuando comenzaba a acercarme al pequeño lago.

Me puse las aletas en los pies, reajusté la máscara en mi rostro y me metí en el agua.

—¡Está helada! —grité.

—Eras tú la que quería meterse ahí, a mí no me lo cuentes ahora. Ponte una bufanda o algo.

Me lo tenía merecido.

Comencé a sumergirme despacio, compensando los oídos. Cuando llegué al fondo del pozo comprobé la profundidad.

Quince metros. No era mucho, si no había problemas, no iba a necesitar la botella de emergencia.

Alumbré con el foco las paredes de piedra hasta que encontré una abertura en una de ellas. Era bastante ancha, solo esperaba que no se estrechase más adelante.

—Eric, hay una abertura, voy a entrar.

—Avisa si hay problemas.

—Lo haré.

Me introduje en aquel pasadizo y comencé a bucear hacia lo desconocido.

6

Seguí aquel túnel submarino durante unos quince minutos antes de que las paredes se alejasen de mí. Una explosión de vida y color surgió a mi alrededor: corales rojos, gorgonias, esponjas, estrellas de mar, nudibranquios… incluso peces que nadaban despreocupados a mi alrededor. Algunos se acercaban a mí a pesar de que mi equipo de buceo no emitía burbuja alguna. Casi podía rozarlos con los dedos antes de que se alejasen.

Miré a mi espalda y después a mi muñeca. Estaba a siete metros de profundidad. Había ascendido sin darme cuenta.

Marqué la entrada al túnel con el rotulador que me había dado Eric y até a una roca la cuerda que me había obligado a ponerme mi amigo. Aquello tendría que servir para encontrar el camino de regreso.

Emergí en una cueva enorme y llena de luz natural. Era como el cráter de un volcán, pero con el océano dentro de él.

—Eric, estoy en la superficie. Dime mi posición en el mapa.

—Estás fuera del islote. Espera. —Escuché el tecleo a través del auricular—. Parece que hay un islote más pequeño al norte de donde hemos aterrizado, estás ahí. ¿Te encuentras bien?

—Sí, esto es increíble. Una preciosidad. Ojalá estuvieses aquí…

Salí del agua y me desembaracé de todo el equipo de buceo. Solo mantuve el auricular con el que me comunicaba con mi amigo y el cuchillo sujeto a mi pierna.

Caminé mirando a mi alrededor, la cueva era inmensa y circular. Apenas alcanzaba a ver el otro lado desde donde me encontraba.

Fui recorriéndola poco a poco, investigando toda abertura o grieta que hallaba en los muros.

No había nada.

Alcancé de nuevo el punto en el que había dejado mi equipo.

Si no había nada en la superficie, tendría que haberlo en el fondo.

Volví a colocarme todo el equipo y me sumergí de nuevo.

El fondo era bastante más profundo de lo que había imaginado cuando había llegado a aquella cueva.

Comencé a recorrer las paredes del mismo modo que había hecho en la superficie. Había numerosas aberturas que, al seguirlas, solo me llevaron a mar abierto. Una de ellas era lo suficientemente amplia para que cupiese un coche por ella… Si bien en el océano no había coches, claro.

Estaba a punto de darme por vencida y regresar junto a Eric cuando algo llamó mi atención.

Un reflejo amarillo y brillante me cegó durante unos segundos.

Había surgido del lecho marino. Algo refulgía al reflejar los rayos del sol, entre una formación de corales, muy cerca de uno de los muros naturales que formaban aquella gruta.

Me acerqué y miré entre los corales con cuidado, no quería tocarlos para no dañarlos.

¡Ahí había algo! ¡Y era dorado!

—¡Eric, creo que lo tengo! —casi grité en el intercomunicador—. Me va a costar un poco hacerme con él, pero tu idea era una genialidad.

Rodeé los corales con cuidado y por fin encontré un hueco por el que poder introducir el brazo. Solo esperaba que aquel ídolo no fuese muy pesado.

Mis dedos rozaron el metal y se cerraron en torno a él. Tiré del objeto con firmeza y, despacio, muy despacio, fui liberándolo de su cárcel de coral.

Pesaba muchísimo. Iba a necesitar soltar el lastre que llevaba para poder regresar a donde se encontraba Eric.

Me deshice de las piezas de metal que había dentro de mi cinturón de buceo y aseguré el ídolo con una cinta alrededor de mi cintura.

Ya estaba preparada para hacer el camino de vuelta.

Entonces lo vi.

Un *Carcharodon carcharias*, también conocido como tiburón blanco.

Nadaba formando círculos perfectos que seguían la orilla de aquel lugar a unos siete metros sobre mi cabeza. Si me preguntaban a mí, estaba demasiado cerca.

Pude ver su cuerpo enorme y compacto, grisáceo, plagado de muescas y cicatrices. Casi seis metros de animal con una boca llena de dientes triangulares y afilados.

Había leído en algún libro que estos escualos tenían varias filas de dientes y que, cuando se les caía uno, otro ocupaba su lugar. Aquel animal contaba con unos tres mil dientes y, en algunos casos, estos llegaban a medir siete centímetros. No quise pensar qué sucedería si me mordía.

Sus ojos redondos, muertos, escaneaban el lugar buscando alguna pieza que llevarse a la boca. Me di cuenta de que todos los pececillos que me habían dado la bienvenida a la gruta submarina habían desaparecido.

No sabía por dónde había entrado, tal vez por aquella grieta tan grande que había visto al recorrer las paredes.

Me quedaba aire suficiente para aguantar un poco más escondida tras aquellos corales, pero tampoco podía esperar mucho. Me había llevado bastante tiempo hacerme con el ídolo y el suministro de aire no era ilimitado.

Tendría que arriesgarme.

Y ni siquiera sabía dónde estaba el túnel por el que había llegado.

Lo primero que tenía que hacer era ascender de los doce metros a los que me encontraba hasta los siete, que era la profundidad a la que se encontraba el pasadizo. Eso me dejaría casi a la misma

profundidad que el tiburón.

Decidí no ascender tanto y permanecer en todo momento por debajo del animal.

Apagué toda la electrónica de mi equipo… También había leído que podían percibir campos eléctricos. No tenía ni idea de lo que significaba eso, ni siquiera sabía si era cierto, pero mejor apagar las cosas que lamentarme por no haberlo hecho.

Iba a ciegas. Tendría que encontrar el pasadizo sin ayuda de mi reloj.

Subí pegada a la pared, muy despacio, controlando continuamente la posición de aquel tiburón que nadaba ajeno a mi compañía. Y yo esperaba que siguiese siendo así durante un rato más, por lo menos hasta que pudiese escapar de allí.

Avancé pegada a ese muro de roca, intentando no hacer movimientos bruscos, intentando disimular mi presencia contra la piedra. Poco a poco, fui avanzando metros. Mis ojos viajaban del enorme pez escualo al muro, intentando encontrar la cuerda que había atado o la marca del rotulador. Cuando pasaba cerca de mí, yo me quedaba congelada y no continuaba avanzando hasta que no se había alejado algunos metros.

Por fin la vi: la cuerda. Los cabos se mecían con suavidad un poco más adelante.

Debí de hacer algún movimiento sin darme cuenta, porque el tiburón se dio la vuelta a más velocidad de la que yo le habría otorgado por su tamaño. Parecía una serpiente. Comenzó a nadar hacia mí moviendo la cabeza a un lado y a otro. Buscando.

Me impulsé con las piernas contra la pared y buceé lo más rápido que pude hacia la abertura.

No iba a llegar. Él era mucho más veloz que yo.

Me preparé para esquivarlo.

Se acercó abriendo la boca.

En mi campo de visión solo vi dientes. Enormes, afilados.

Me impulsé hacia un lado esquivando sus mandíbulas y me giré para no perderle de vista mientras continuaba acercándome de

espaldas a mi vía de escape.

El animal se dio la vuelta, quería saber qué tipo de animal era yo y si era comestible.

Miré el cuchillo que había en mi pierna.

Lo descarté de inmediato. Lo utilizaría como último recurso. Al fin y al cabo, era yo la que estaba invadiendo el espacio de aquel tiburón. Además, el cuchillo me pareció demasiado pequeño como para hacerle siquiera un rasguño a aquella bestia.

Volvió a acercarse, esta vez no abrió la boca para morderme, parecía más curioso que agresivo. Lo volví a esquivar sin dejar de acercarme al pasadizo. Estaba ya muy cerca… ¡Tan cerca!

La tercera vez que se dio la vuelta para enfrentarse a mí, la cosa cambió.

Su cola osciló a izquierda y derecha aumentando la velocidad.

Se había cansado de juguetear conmigo.

Ahora venía a atacar.

Miré a mi espalda y vi que me encontraba tan solo a dos metros del pasadizo. Me di la vuelta y pateé el agua con todas mis fuerzas. Me introduje en el pasadizo.

Ya estaba a salvo.

Entonces lo sentí.

Algo tiraba de mí hacia fuera.

Lancé una mirada sobre mi hombro y vi al tiburón enganchado a una de las aletas de mis pies.

¡PORRAS!

Tenía que hacer algo.

Desenfundé el cuchillo y corté, con mucho esfuerzo y poca habilidad, la tira que sujetaba la aleta a mi tobillo. Por supuesto, me di un tajo en el tobillo que consiguió que el agua se tiñese de rojo con mi sangre.



Aquello volvió loco a animal, que comenzó a lanzar dentelladas frenéticas contra la entrada del túnel. Vi sus dientes cerrarse sobre el agua a apenas diez centímetros de mi cara y eso consiguió ponerme en marcha.

Me alejé a toda velocidad… O a toda la velocidad que me

permitió el hecho de llevar una sola aleta.

Cuando consideré que ya estaba fuera de peligro, comprobé que el ídolo siguiese atado a mi cintura… Solo faltaría que tuviese que volver a recuperarlo. Por suerte, allí estaba.

Volví a conectar mi equipo electrónico.

—Eric, estoy volviendo.

—¿Amanda? ¿Amanda? ¿Estás bien? —La voz de mi amigo sonaba muy asustada.

—Estoy bien, ahora te cuento. Tengo el ídolo.

—No te queda mucho aire. No te entretengas.

Miré el manómetro para comprobar lo que acababa de decirme Eric… Estaba casi llegando a la zona roja, la peligrosa, la de «se te acaba el aire, guapa, espabila». Llevaba casi dos horas de consumo… Y mi encontronazo con el tiburón no había ayudado. No me debían de quedar más de veinte o treinta minutos y eso siendo generosa… Esperaba no necesitar la botella de emergencia.

Por fin llegué al final del pasadizo, ahora tenía que hacer la parada de seguridad. Vale que no había bajado mucho, pero mi tía me había enseñado que, buceando, lo principal era la seguridad… Y no pensaba saltarme esa norma, las consecuencias podían ser terribles.

Mantuve la profundidad a cinco metros durante tres minutos para eliminar el nitrógeno que podría haberse acumulado en mi organismo durante la inmersión. Cuando se cumplió el tiempo, ascendí.

Eric me ayudó a quitarme el equipo sin parar de hacerme preguntas.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¡Tienes sangre! ¿Te han atacado? ¿Qué ha pasado? —Parecía una metralleta.

—Esa la has repetido —comenté apretándome el tajo del tobillo, que sangraba muchísimo. Ya se había formado un charco rojo alrededor de mi pie.

—¿Qué he repetido?

—La de «qué ha pasado», esa la has preguntado dos veces.

—¡Qué fuerte! Yo preocupado y ella riéndose de mí…

—No me estoy riendo, es solo que no me dejas contestar entre pregunta y pregunta.

Eric se acercó a su mochila y sacó un botiquín.

—Bueno, ¿me vas a contar ya lo que ha pasado ahí abajo o qué? —Se arrodilló a mi lado y comenzó a curarme la cuchillada que yo misma me había dado.

—Un tiburón blanco… Eso es lo que ha pasado. Me ha visto y se ha lanzado contra mí… He tenido que cortar la aleta…

—¿ESTO ES UNA MORDEDURA DE TIBURÓN?

—No, no —expliqué—. Eso es un corte que me he hecho con el cuchillo al cortar la aleta, el tiburón la había atrapado. Si llega a morderme el pie, me lo habría arrancado…

Eric se quedó mirándome con fijeza, intentando reprimir la risa.

No pudo.

—Espera, entonces me estás diciendo que esto no te lo ha hecho el tiburón, que te lo has hecho tú solita —confirmó entre risas.

—Sí —gruñí avergonzada—. Me he cortado a mí misma.

—Vale, vale, no te enfades, pero tienes que reconocer que tiene su gracia. Te encuentras con uno de los animales más letales de la naturaleza y te hieres tú sola…

A ver, visto así, era divertido.

Me uní a sus risas.

—Qué susto me ha dado —confesé todavía riéndome—. Menos mal que ya me había hecho con el ídolo, de lo contrario… No sé quién iba a sacarlo de allí, porque yo no. No con ese bicho en el lugar.

Desaté el ídolo dorado de mi cintura y se lo mostré antes de contestar. Se trataba de una estatua de unos veinte centímetros de altura con el aspecto de un señor de pie, muy recto, con los brazos cruzados en torno a la cintura y un rostro de rasgos esquemáticos, apenas unos trazos, pero se apreciaba que era un señor muy serio, eso sí. En la cabeza lucía una especie de corona hecha con hojas. Lo giré para inspeccionarlo por todas partes. En la base encontré unas

hendiduras profundas que formaban un intrincado dibujo.

—¿Qué será esto? —pregunté en un murmullo.

Eric cogió la figura y se acercó la base al rostro fijándose en el dibujo.

—No sé, tal vez sirva para sujetarla en un pedestal —comentó pasando los dedos por la base.

—Bueno, supongo que no tardaremos mucho en averiguarlo —suspiré—. Al fin y al cabo, se supone que tenemos que usar este trasto para detener los volcanes.

—¿Y ahora? —preguntó Eric devolviéndome el ídolo.

—¿Ahora? Ahora, Venecia.

Continuaba habiendo muchas cosas perdidas en aquella misión, pero íbamos por el buen camino.

7

Aterrizamos en Venecia al amanecer del día siguiente. La tía Paula nos había dirigido a un pequeño aeropuerto privado a unos kilómetros de la ciudad donde nadie haría preguntas. Mi tía tenía ese tipo de contactos. Además, había hecho una reserva para nosotros en un pequeño hotel no muy lejos de la que suponíamos que había sido la imprenta Aldina en el siglo XV. Los dueños del hotel también eran viejos conocidos.

A la tía Paula le había llevado mucho tiempo localizar el emplazamiento originario de la imprenta, del que no quedaba ni rastro en los mapas. Tuvo que leer numerosos documentos de la época para poder ofrecernos un punto de partida. Se trataba de un edificio situado en la parte más antigua de la ciudad.

En la actualidad era una discoteca. Una de las más concurridas y famosas de Venecia. Por supuesto, ni Eric ni yo teníamos edad para entrar en discotecas, así que solo teníamos tiempo para encontrar lo que buscábamos hasta que empezasen a llegar los empleados… Y ni siquiera sabíamos con exactitud qué buscábamos… Algo que nos indicase dónde se encontraba el manuscrito de Platón.

¿Qué «algo»? Ni idea.

Dejamos nuestro equipaje en el hotel y descansamos durante unas horas. Eric había dormido durante el viaje, pero yo había venido pilotando el avión, por lo que dormir no era una posibilidad para mí. Vale que el piloto automático hacía la mayor parte del trabajo, pero con Eric viajando conmigo había preferido no arriesgarme.

Cuando desperté, supe que tres volcanes más habían entrado en erupción.

Tres.

En un mismo día.

El proceso se aceleraba.

Se nos acababa el tiempo y estábamos lejos de dar con la Atlántida, donde debía realizarse el ritual con el ídolo dorado.

Al mediodía nos pusimos en marcha. Ambos vestíamos vaqueros, sudaderas y zapatillas de deporte. Llevábamos tan solo dos mochilas ligeras con algo de equipo.

Caminamos por las calles de Venecia mezclándonos con los turistas, admirando la arquitectura renacentista de la ciudad. Los edificios se alzaban a ambos lados de los canales, muchos de ellos con garajes para las lanchas con las que los propietarios se movían de un lugar a otro.

En muchas fachadas podían verse los antiguos escudos de armas de sus habitantes, los había muy variados: yelmos rodeados de algo que me parecieron plantas, leones, una mujer asomada a un balcón, un ancla con un pez enrollado a su alrededor, un castillo… Pero lo que más destacaba entre todos aquellos elementos decorativos eran los arcos, los ventanales y las chimeneas en los tejados.

Nunca habíamos estado en Venecia y nos sorprendió su belleza. Era como un laberinto acuático, colorido y alegre. Los puentes que cruzaban de lado a lado los canales no hacían más que añadirse a esa sensación de caos que ofrecía la ciudad. Era como dar un paseo por una época pasada hacía ya muchos siglos.

—Es aquí. —La voz de Eric me sacó de mis pensamientos—. Tu tía nos ha enviado el plano del edificio. Hay una pequeña ventana a ras de suelo en el patio trasero… Tal vez podamos colarnos por ella.

—¿Colarnos?

—Esta vez te acompaño —afirmó Eric—. No tenemos ni idea de lo que estamos buscando, así que no estás para rechazar mi ayuda.

Asentí sin decir nada más, ya que volvía a tener razón, y encaminamos nuestros pasos a la parte trasera del edificio. Una reja

de hierro pintada de negro nos cortaba el paso.

Eric se encaramó a ella y comenzó a trepar.

—¿A qué esperas? —preguntó—. No tenemos todo el día.

De un salto, me planté en la parte más alta de la valla.

—¿Decías? —pregunté a Eric mirándolo desde arriba.

—Tenías que hacerlo —farfulló intentando en vano reprimir la risa.

Con otro salto, llegué al patio y comencé a acercarme al ventanuco.

Poco después Eric me daba alcance.

—Habrá que romper el cristal —comentó.

—No, espera, creo que no será necesario —dije sacando mi juego de ganzúas de la mochila. Extraje del estuche una pieza lisa, estrecha y plana y comencé a pasarla por el borde de la ventana. Un clic me indicó que lo había conseguido—. Cuantas menos pruebas dejemos, mejor.



Nos echamos las capuchas sobre la cabeza y nos colamos por aquel ventanuco estrecho.

Caímos en un sótano. El suelo estaba formado por losas de piedra, pulidas por el paso de miles de pies sobre ellas a lo largo de los siglos. Era un lugar oscuro que olía a humedad. Numerosas

estanterías, repletas de botellas que guardaban en su interior diferentes licores, ocupaban las paredes hasta donde alcanzaba la vista.

El almacén de la discoteca.

Había telarañas colgando del techo… Y donde hay telarañas, mi experiencia me dice que suele haber arañas. Me estremecí al pensar en aquellos bichejos repugnantes.

Una escalera que ascendía hasta el piso superior llamó mi atención. Era también de piedra, tan antigua como las losas del suelo. Me acerqué y comencé a apretar todas las piedras que pude.

—¿Qué haces? —preguntó Eric.

—Yo qué sé… A ver si se abre algún pasadizo, ¿no?

Mi amigo resopló.

—No creo que aquí encontremos nada. Hace siglos que esto no es la imprenta Aldina… —comentó alumbrando los muros con su linterna.

—Yo subiré y buscaré en la parte de arriba. Tú mira por aquí a ver qué encuentras —repliqué. Me negaba a darme por vencida tan pronto.

Subí por la escalera y abrí con cautela la puerta que daba a la discoteca. Prefería no encontrarme con nadie. Cuando comprobé que el local estaba vacío, me adentré en aquel nuevo espacio.

Me hallaba en una sala muy amplia y cuadrada, el suelo era como el del sótano. El techo estaba atravesado por vigas de madera que acababan en pilares que, a su vez, descendían por las paredes. En el muro que daba a la fachada del edificio, unas vidrieras con cristales de numerosos colores permitían el paso de la luz del día dibujando formas caleidoscópicas en las piedras del suelo.

Junto a la puerta que acaba de atravesar se encontraba la barra. Ocupaba casi toda aquella zona de la discoteca. Frente a ella, algunas banquetas doradas para que los clientes pudiesen pedir sus consumiciones con comodidad.

Completaban la sala algunas mesas altas con banquetas iguales a las de la barra y un área central que tenía toda la pinta de ser la

pista de baile.

Al otro lado de la barra, surgía un pequeño pasillo que llevaba a los cuartos de baño, estos sí, modernos y decorados de manera extravagante y efectista. El papel pintado de las paredes reproducía cientos de máscaras de carnaval venecianas en tonos dorados y ocres; los lavabos, inodoros y puertas eran negros, como obsidiana, consiguiendo con esa oscuridad que la mirada se fuese directa al dorado brillante de las griferías.

Alumbré las paredes con la linterna, pero enseguida desistí.

Allí no había nada.

Regresé de nuevo a la sala principal. Recorrí los muros con el haz de mi linterna intentando encontrar algo, una pista, lo que fuese. También pateé el suelo buscando alguna zona hueca.

Me aproximé a una enorme chimenea de piedra que había en uno de los laterales y palpé el interior. Lo único que conseguí fue llenarme de hollín.

Resoplé sin saber qué más hacer.

Allí no existía nada que nos indicase dónde podía encontrarse el diálogo perdido de Platón.

Me senté en una de las banquetas junto a la barra y apoyé el codo en ella. Miré las botellas que, en silencio, esperaban a que llegase la noche para que el local se llenase de nuevo con bulliciosos jóvenes deseosos de pasar un buen rato bailando.

Mi mirada resbalaba sobre los vidrios de colores, leyendo los nombres en las etiquetas, sin fijarse en nada en especial.

En ese momento, algo llamó mi atención.

8

—¡Eric! —llamé saltando al otro lado de la barra—. ¡Sube!

Comencé a retirar las botellas intentando despejar el trozo de pared que me interesaba.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo? —Eric había venido a la carrera.

—Mira, mira aquí —pedí señalando el muro frente a nosotros—. ¿Te suena?

Eric alumbró con su linterna para ver mejor lo que yo señalaba: un escudo de armas tallado en la piedra.

El haz de luz recorrió el ancla iluminando al pez que se enroscaba en su caña mientras yo esperaba ansiosa su respuesta, que llegó tras unos segundos.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó mi amigo.

—¿No te suena? —La desilusión tiñó mi voz—. Es que yo creo que he visto esto antes, pero no me acuerdo. Pensé que tal vez tú te acordarías.

—No creo haber visto eso en mi vida… —replicó—. Pero espera un momento. —Sacó su dispositivo de la mochila y tecleó algo que no alcancé a ver. Los resultados llegaron enseguida—. ¡Aquí está! Mira, el escudo del ancla y el delfín aparece siempre relacionado con el nombre de Aldo Manucio.

—¿Y ese quién es?

—Según esto, es el fundador de la imprenta Aldina…

Me acerqué al escudo y pasé mis dedos sobre el relieve intentando recordar dónde lo había visto, porque estaba segura de

que lo había visto antes. A continuación, apoyé ambas manos sobre la piedra y empujé con todas mis fuerzas.

No sucedió nada de nada.

—¿Qué haces? —preguntó Eric levantando una ceja.

—Buscando un pasadizo… o un escondite… Algo.

Eric sacudió la cabeza a un lado y a otro.

—Deja que te ayude.

Empujamos los dos y, de nuevo, nada.

Continuamos nuestra búsqueda durante unas horas más.

La luz que entraba a través de las vidrieras de la fachada nos indicó que la tarde había comenzado a caer. Se nos acababa el tiempo.

—Tenemos que irnos ya. En breve comenzarán a llegar los empleados de la discoteca —dijo Eric desanimado.

—Lo sé, vamos. Mañana continuaremos.

Descendimos la escalera que llevaba al sótano y salimos por el ventanuco por el que habíamos entrado. Saltamos la valla y nos mezclamos con la gente que paseaba por la ciudad.

Ambos caminábamos cabizbajos, desanimados por el fracaso de nuestra incursión en la imprenta Aldina, sin apenas cruzar palabra.

Unos jóvenes pasaron junto a nosotros riéndose a carcajadas, uno de ellos nos dijo algo que no entendí y alcé la vista.

Mi mirada se posó en el chico que había hablado, que continuaba diciéndonos algo que yo seguía sin entender. Eric lo miró también y por fin, por señas, supimos lo que querían: nos estaban pidiendo que les hiciésemos una foto con el móvil.

Cogí el teléfono que me ofrecía y ellos se agruparon al borde del canal, sonriendo a la cámara. Eran jóvenes y guapos y yo hubiese apostado todo lo que tenía a que se dirigían a la discoteca que acabábamos de abandonar Eric y yo.

Miré la pantalla del móvil para comprobar que el enfoque era el correcto.

Algo arriba, a la derecha del grupo, llamó mi atención.

Levanté la vista para comprobar que no era un efecto de la luz,

un espejismo.

No, ahí estaba.

Hice varias fotos para que pudiesen elegir la que más les gustase y le devolví el teléfono a su propietario, que me dijo algo, pero yo ya no le prestaba atención. Me alejé unos pasos para ver el edificio que quedaba al otro lado del canal, justo a las espaldas del grupo.

—¡Eric! ¡Eric! —Mi amigo hablaba con el chico—. ¡Corre! ¡Ven!

Vi que Eric se despedía para acercarse a donde yo me encontraba.

—Preguntaban que si nos uníamos a ellos —dijo Eric cuando llegó a mi lado.

—No nos vamos a unir a nadie —repliqué casi sin prestar atención a lo que decía—. ¡Mira! ¡El escudo!

Ahí estaba, el ancla y el delfín —aunque a mí me parecía un pez normal y corriente—, en la fachada de uno de los edificios más bonitos y antiguos de la zona.

¡Ya sabía yo que lo había visto antes! ¡Lo había visto cuando caminábamos hacia la discoteca!

El escudo destacaba en la fachada de un antiguo palacio. La parte de abajo de la fachada se perdía en las aguas del canal, el edificio tenía un primer piso con ventanales que daban al canal y dos pisos superiores repletos de balcones acabados en punta y, en la parte más alta, un friso de piedra blanca con algo que no alcancé a ver tallado en él. Sobre la puerta principal se encontraba el escudo.

El edificio hacía esquina, pero desde donde nos encontrábamos no era posible ver la fachada lateral, ya que daba a otro canal.

—Necesitamos saber qué es eso… Quién vive ahí —dije dejando que mi voz delatase la emoción que sentía.

—Vamos al hotel, tengo una idea.

Llegamos al hotel y Eric sacó su dispositivo, se acomodó a la mesa de la habitación y comenzó a teclear a toda velocidad.

—Ahí no vive nadie —dijo pasados unos instantes—. Es un edificio museo o algo así… Se puede visitar.

—Es muy tarde para ir hoy, ¿no? —sabía la respuesta, pero tenía

que intentarlo.

—Ya está cerrado. Abre a las nueve de la mañana… —confirmó Eric—. Pero sí hay algo que podemos hacer hoy.

Con una sonrisa misteriosa, se acercó a su equipaje y sacó de él su dron. Se trataba de un dron con forma de pájaro que ya había utilizado en alguna misión anterior. Lo agitó orgulloso delante de mi cara.

—¿Vas a hacerme una visita guiada? —pregunté riéndome.

—Voy a intentarlo. No sé si encontraremos alguna ventana abierta… Y habrá que tener cuidado por si hay vigilantes, claro.

Eric conectó el pequeño dron e hizo que saliese por la ventana. El dron era muy silencioso. Mi amigo no separaba los ojos de la pantalla en la que se mostraba lo que el robot veía en su vuelo.

Y yo tampoco, claro.

El pequeño robot sobrevoló la noche veneciana hasta alcanzar el edificio, situado no muy lejos de nuestro hotel. Eric manipuló los mandos buscando una ventana o mirador por los que entrar. Por fin, en la parte más alta, encontró un balcón por el que pudimos colarnos.

El interior del edificio estaba a oscuras, continuábamos sin saber si habría vigilantes, por lo que Eric no se arriesgó a encender el foco del dron.

—Tendremos que conformarnos con la luz que entra por las ventanas, por lo menos de momento —dijo.

Avanzó por lo que parecía un dormitorio y salió a una galería con balaustrada de piedra. A un lado de ella había un gran patio central; al otro, varias habitaciones que daban a los balcones que había en la fachada principal del edificio. El techo de la galería y de la habitación de la que veníamos era de madera tallada con delicados detalles que, con la escasa iluminación con la que contábamos, eran casi imposibles de vislumbrar, si bien me parecieron tallas en forma de flores y hojas. Continuamos avanzando por la galería en la que se exponían muebles antiguos, alguna escultura y varios cuadros que mostraban la vida en la época

de esplendor de la ciudad de Venecia. Entramos en todas las habitaciones, todas estaban decoradas con muebles antiguos… Dormitorios, salones, salas de pintura o de música, aquel palacio tenía de todo. No dimos con nada de interés.

El dron salió al patio central y descendió al piso inferior. No había techo en aquel patio, estaba abierto a la noche… El pequeño robot podría haber entrado por allí sin problema. Eric manejaba el dron con agilidad y sin dudar, paraba cuando yo creía ver algo que luego resultaba ser un espejismo. En aquel piso tampoco había nada que llamase mi atención.

Llegamos a la planta baja, donde se situaba el vestíbulo de entrada con un mostrador donde supusimos que podríamos comprar las entradas al día siguiente para la visita, el patio central y varias habitaciones más que se situaban en torno a este. Recorrimos todas las que daban a la fachada. En una de ellas, un par de agentes dormitaban frente a unas pantallas. Continuamos inspeccionando las estancias orientadas al canal lateral y tampoco vimos nada. El dron sobrevoló el patio central y penetró en la sala que había frente al vestíbulo de entrada. Parecía un salón de baile, amplio con el suelo formado por teselas de colores y un gran fresco en la pared más alejada del lugar por el que el dron había entrado. Los muros laterales estaban forrados con madera tallada, oscura y brillante. Había pocos muebles en aquella sala, apenas un par de consolas y una inmensa lámpara de araña con cientos de cristales en forma de lágrimas y portavelas. Nos acercamos a la pared del fresco con el dron y la inspeccionamos entera.

—Espera, espera —pedí tras unos minutos—. Vuelve atrás y enfoca el muro de al lado. —La cámara dio media vuelta y retrocedió—. Necesito luz.

—Voy —contestó Eric.

Vi en la pantalla como el dron daba una vuelta entera sobre sí mismo, vigilando que no hubiese entrado nadie en aquella sala. Cuando mi amigo se aseguró, encendió el foco.

—Sube pegado a la esquina donde se juntan ambos muros…

Creo que he visto algo. —El dron ascendió despacio por donde yo había pedido que lo hiciese—. ¡Ahí! ¡Mira!

—¿Es lo que creo que es?

—Sí. —En la pantalla, a aproximadamente metro y medio del suelo, aparecía el mismo escudo que habíamos visto en la antigua imprenta: el ancla y el delfín enroscado—. Y es lo mejor que tenemos… Bueno, para ser exactos, es lo único que tenemos.

—Vas a ir esta misma noche, ¿verdad? —preguntó mi amigo al fijarse en mi gesto—. Amanda, es muy peligroso… ¡Hay cámaras de vigilancia!

—Tendrás que hacer algo con ellas —repliqué sin mirarlo, pensando ya en las maniobras necesarias para penetrar en el palacio sin que los dos vigilantes advirtiesen mi presencia. Siempre y cuando continuasen durmiendo, no me supondrían un gran problema.

Si aquella pista no nos llevaba hasta el diálogo perdido de Platón, habríamos fracasado en nuestra misión y solo quedaría sentarse a esperar que el mundo fuese devorado por los volcanes.

9

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Eric un par de horas después.

—No, es muy peligroso, no sabemos cuándo hacen los guardias sus rondas. Además, mi tía acaba de pasarnos el plano del palacio… Ni siquiera sabemos si allí está el maldito manuscrito. Hay demasiadas cosas que podrían salir mal.

—Debes tener cuidado con las cámaras… Yo te iré diciendo cuándo avanzar y cuándo parar.

Gracias al dron de Eric habíamos conseguido la situación de las cámaras de vigilancia. La única que sería un problema era la que había en la misma sala donde habíamos encontrado el escudo de Aldo Manucio. Estaba situada sobre la esquina en la que se encontraba el escudo y giraba casi noventa grados sobre sí misma.

Lo bueno: no llegaba a enfocar el techo, por lo que yo podría avanzar por él.

Lo malo: si no medíamos bien los tiempos, podría grabarme durante unos instantes, cuando descendiese al suelo, pero era un riesgo que tendría que correr.

El plan era sencillo: yo entraría por el tejado, al fin y al cabo, estaba abierto. No me complicaría buscando ventanas en las fachadas por las que poder colarme porque eso haría más fácil que alguien pudiese verme desde las calles cercanas. Eric me ayudaría a esquivar las cámaras gracias al dron… Y una vez llegase a la sala en la que se situaba el escudo de armas… Bueno, ya veríamos. No sabíamos si encontraríamos algo en esa estancia o era un adorno

más en las paredes del palacio.

—¿Estás preparada? —dijo Eric situándose frente a mí y poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Todo lo preparada que voy a conseguir estar —repliqué con un suspiro.

Me había puesto uno de los monos fabricados con la tela Black, invención de Benson, y unos pies de gato. Si se me mojaba la ropa, la tela me mantendría seca. Además, era muy flexible, lo que me permitiría avanzar por el techo sin que las costuras me molestasen. Lo mejor de todo era que el mono se mimetizaba con el entorno haciendo mucho más difícil verme. Benson había utilizado con esta ropa la misma tecnología que con el avión. Lo único que tenía que hacer era ponerme la capucha para evitar que las cámaras me grabasen el rostro. Llevaba también una mochila con algo de equipo… Nunca sabías qué podías necesitar, y menos cuando no habíamos preparado demasiado aquella incursión en el palacio veneciano.

Salí del hotel por el balcón de la habitación y avancé por los tejados de la ciudad. Había decidido entrar por el patio del palacio, abierto al cielo, y descender por la fachada guiada por Eric, que vigilaría las cámaras con ayuda de su dron… Que fuese difícil verme con aquel mono puesto no significaba que fuese imposible.

Llegué al edificio y me dispuse a descender desde la parte más alta del mismo.

—Para —ordenó Eric en mi oído—. Espera… Espera… Espera… ¡Ahora!

Bajé al piso inferior y me detuve justo encima de la siguiente cámara.

La escena se repitió hasta que conseguí llegar a la planta baja del palacio, la zona más delicada.

Si en aquel momento los guardias decidían salir para hacer una ronda, me verían.



—Detente —volvió a decir Eric—. Espera ahí un momento. —Vi el dron pasar por delante de mí y penetrar en la sala donde estaban los guardias—. Vale, siguen durmiendo. Si saltas al suelo, puedes atravesar corriendo el patio hasta la puerta del salón de baile cuando yo te diga… Hasta la puerta, Amanda, solo hasta la puerta.

—Entendido —susurré.

Eric dio la orden. Yo salté al suelo y eché a correr. Me detuve en la puerta, escondida tras una de las columnas que rodeaban el patio para evitar que la cámara me grabase. Esperé.

—Cuando te diga, entras en la sala y saltas al techo. Tendrás que avanzar muy pegada a él hasta la esquina de enfrente y luego vas a la izquierda, ¿vale?

—Vale —volví a susurrar—. ¿La izquierda según entro o la otra izquierda?

—Tu izquierda, Amanda, tu izquierda. Según entras.

—OK.

—¡Ahora!

Entré en la sala y, de un salto, me sujeté al artesonado del techo con las manos. Al apoyar un pie, se me escurrió y me quedé colgando.

—Amanda, sube las piernas. Tienes tres segundos…

Intenté subirlas, pero resbalé otra vez.

—Dos…

Volví a luchar contra la gravedad y perdí de nuevo.

—Uno…

Con un impulso, logré por fin encontrar un apoyo para los pies.

—¡Ya!

—Todo bien, Eric, lo he conseguido.

Me temblaba todo el cuerpo. Necesité un par de segundos para tranquilizarme antes de poder continuar avanzando.

Cuando llegué a la esquina, Eric me guio en el descenso. Seguí sus instrucciones y en unos instantes estaba justo bajo la cámara, en su punto muerto. Ahora podía inspeccionar aquella pared sin necesidad de preocuparme porque quedase un rastro grabado de mi paso por allí.

Localicé la sección del panel de madera que cubría el muro en el que se encontraba el ancla y lo rocé con los dedos. Con mi linterna alumbré alrededor, buscando un resorte.

Aquello parecían simples grabados en madera.

El escudo tenía un tamaño aproximado de veinte centímetros de alto y quedaba muy disimulado entre el resto de los grabados, que eran motivos vegetales y animales.

Soplé la madera y volví a alumbrar el ancla, esta vez fijándome más en los detalles.

El ojo del delfín.

Volví a soplar. Volutas de polvo se alzaron y revolotearon en el haz de mi linterna.

Dirigí mi dedo índice hacia aquella talla que formaba una circunferencia perfecta y apreté.

El panel que había frente a mí se alzó dando paso a un corredor de piedra.

—¿Lo has visto? —pregunté a Eric en un murmullo.

—¡Qué fuerte! —Fue todo lo que pudo decir mi amigo—. ¡Ten cuidado, Amanda!

Penetré en aquel pasillo y el panel volvió a cerrarse a mi espalda.

Me volví esperando encontrar el resorte que volviese a abrirlo. Empujé todas las piedras, metí la mano en todos los agujeros que vi, incluso empujé el panel de madera, que crujió bajo mis empellones, pero se mantuvo, cabezota, en su lugar.

No encontré nada.

—Eric, esto no puede abrirse desde dentro… Tendré que encontrar otra salida.

—Bueno, siempre puedo ir al palacio por la mañana y abrirte yo cuando nadie mire…

—Espero que no tengamos que llegar a eso…

Caminé siguiendo el pasadizo. Tanto los muros como el techo y el suelo estaban hechos de grandes bloques de piedra rectangular, similares a los de la discoteca. El túnel descendía levemente… Poco después, sentí el agua fría contra la tela del mono. Aquel túnel se inclinaba lo suficiente como para seguir su recorrido por debajo de las aguas de Venecia.

Continué avanzando, ya estaba sumergida hasta la cintura y

todavía no había llegado al final del pasadizo. Si la cosa seguía así, tendría que utilizar la botella de aire comprimido que había echado en la mochila, pero era tan pequeña que apenas tendría para unos quince minutos… Después, lo que tendría sería un problema.

Uno en forma de falta de aire.

10

No fue necesario recurrir a la botella de aire comprimido, poco después el pasadizo comenzó a ascender. Con cada paso que daba, las aguas iban cubriéndome menos: primero bajó a los hombros para llegar en un par de minutos a la cintura. Seguí caminando y, cuando quise darme cuenta, me llegaba a las rodillas. Me ilusioné pensando que dejaría de chapotear en aquel agua sucia y un poco pestilente, pero no fue así. Hasta el final del pasillo de piedra el agua se quedó a la altura de mis tobillos.

Podría haber sido peor, podría haberme ahogado.

Me encogí de hombros y clavé la mirada en lo que tenía por delante.

Se trataba de un muro de piedra con una puerta redonda de metal, atravesada de lado a lado por varios cerrojos gruesos como mis brazos. En el centro, una rueda también de metal con letras grabadas. Muchísimas letras, algunas repetidas. En la parte superior de la rueda había un cuadrado. Sobre la puerta, dos palabras grabadas en la piedra:

HERONIS CALAMITAS

Y sobre las palabras, también tallado en la roca, el escudo de Aldo Manucio: el ancla y el delfín enroscado en torno a ella.

Por supuesto, me comuniqué con Eric y le expliqué el muro contra el que había chocado, figurada y literalmente. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer para abrir aquella puerta.

—Pásame una imagen —pidió Eric.

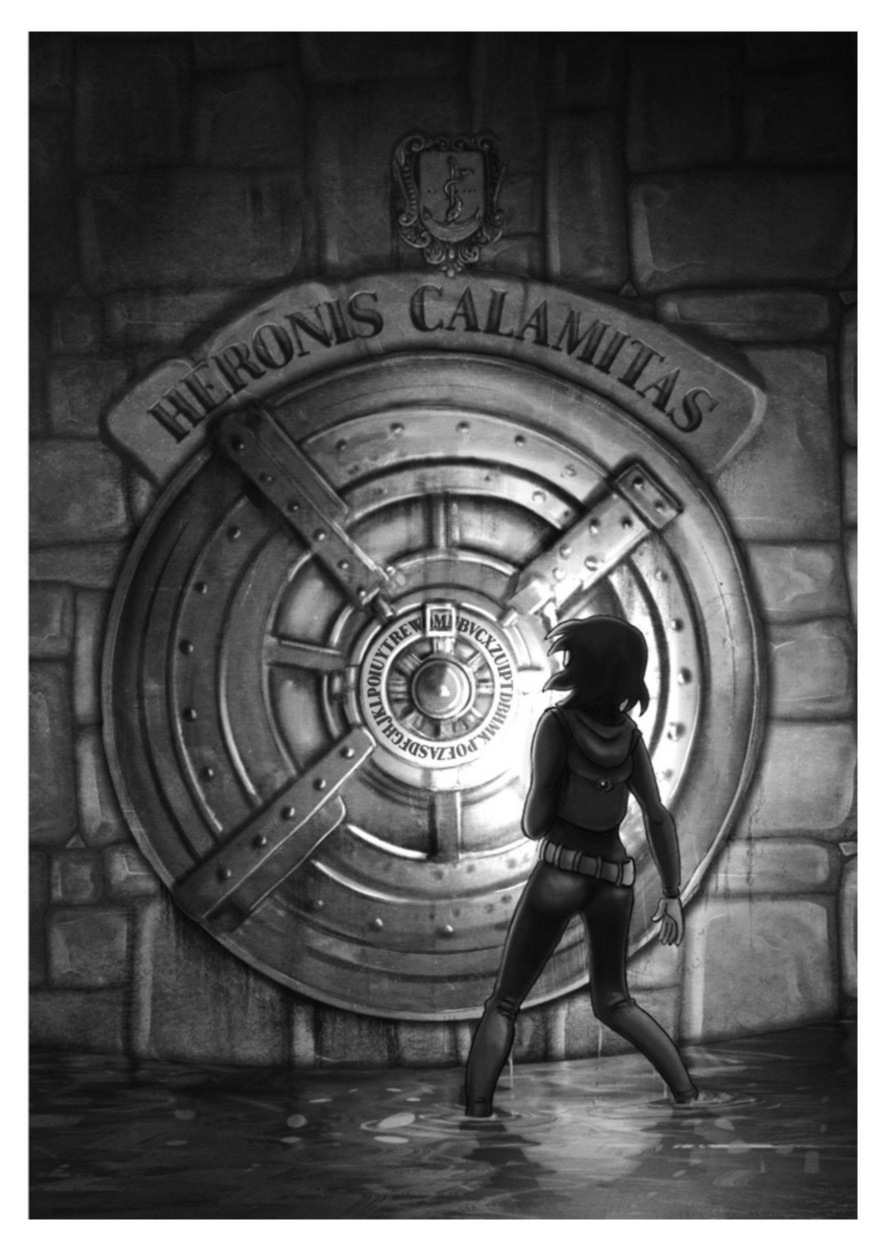
Di unos pasos hacia atrás y enfoqué la cámara de mi reloj. —No era un reloj cualquiera, era un reloj Black que permitía hacer un montón de cosas y, además, daba la hora. Hice una fotografía, pulsé un par de comandos y se la envié a mi amigo.

—Allá va —dije.

—Deja que le dé una vuelta y ahora te digo.

—¿Y qué hago mientras tanto? —pregunté. Estaba deseando salir de allí.

—Yo qué sé, lo que tú quieras.



Eric cortó la comunicación y yo me dispuse a esperar su respuesta. No es que hubiese mucho más que hacer… Excepto, tal vez, buscar una salida alternativa.

El pasadizo que yo había seguido para llegar hasta allí acababa delante de la puerta, pero a los lados y en ángulo de noventa grados

con respecto a ella, partían dos túneles más en direcciones contrarias. Seguí el de la derecha caminando despacio, palpando los muros en busca de alguna grieta que significase una posible salida. El pasillo acababa de manera brusca algunos metros más adelante. Un muro de roca. Era un callejón sin salida.

Retrocedí sobre mis pasos, pero antes de poder investigar el otro túnel, escuché la voz de Eric en el auricular.

—Creo que lo tengo, Amanda.

—A ver si es verdad —empezaba a cansarme de la humedad del pasadizo. Iba a salir de allí con el pelo como un caniche.

—*Hero y Leandro* es una de las primeras obras que imprimió Aldo Manucio en su imprenta veneciana —comenzó a explicar Eric —. En la historia, Hero pone una linterna, una lámpara de aceite, en su ventana para que Leandro pueda atravesar el mar y poder estar juntos. La linterna un día se apaga y Leandro se ahoga, Hero se arroja al mar y se ahoga también.

—Me encantan las historias con final feliz —comenté—, pero eso no me ayuda.

—La frase «Heronis calamitas» significa la desdicha de Hero… La desdicha de Hero la provocó una linterna.

—Ajá… —No terminaba de entender a mi amigo.

—Amanda, tienes que marcar las letras de la palabra «linterna» en la rueda.

Vale, a lo mejor me había costado un poco más de lo normal pillar lo que quería decir Eric. En mi defensa solo podía decir que la noche se me estaba haciendo bastante larga. Estaba cansada y tanta agua me había abierto el apetito. Mis tripas rugían y el ruido que hacían no me dejaba pensar.

—De acuerdo, voy a hacerlo… Espero que no haya trampas…

Comencé a girar la rueda hasta que encontré la «L». La dejé en el cuadro que había en la parte superior de la rueda y escuché un clic.

La plancha con la letra ascendió y se situó sobre la rueda, a continuación, por un carril que yo no había visto hasta ese momento, se deslizó hacia la izquierda hasta parar unos centímetros

más allá.

—Parece que funciona —dije para que mi amigo supiese que todo iba bien.

—Prueba con la siguiente letra.

Volví a girar la rueda hasta que se quedó marcada la letra «I».

Nada sucedió.

Esperé un poco más por si acaso.

Siguió sin ocurrir nada.

—No va —informé a Eric.

—¿Qué letra has marcado?

—La i latina, es la siguiente en la palabra «linterna».

Eric resopló en mi auricular.

—Amanda… —Eric hablaba muy despacio, intentando mantener la calma—, lo mismo puedes intentar poner la palabra «linterna» en latín, como la inscripción que hay sobre la puerta. Lo mismo deberías prestar atención en las clases que te da tu tía.

—Aaaaaah, claro… —Decir que me sentí muy idiota sería quedarme corta—. Y… Eric… ¿Cómo se dice «linterna» en latín?

De nuevo mi amigo suspiró.

—*Lucerna*, Amanda, se dice *lucerna*.

—Vaaale, vale, tampoco nos enfademos, que yo estoy aquí casi a oscuras y con el mono chorreando agua y tú tan cómodo en la habitación del hotel —refunfuñé, pero sabía que de nuevo Eric tenía razón: debía prestar más atención en las clases que me daba mi tía.

A Eric le encantaban la historia antigua, el latín y materias así, mientras que para mí eran aburridísimas. Además, se le daban bien. De hecho, se le daban mejor que bien. A mí, por el contrario, me gustaban más actividades como la escalada, el submarinismo, el tiro con arco o la esgrima… Y la escritura egipcia, los jeroglíficos. Esos sí que me gustaban, así que, ¿para qué quería saber yo latín? Total, ya tenía a Eric para que me tradujese inscripciones, libros y cosas de esas.

Marqué una por una las letras de la palabra «lucerna» en la rueda y todas fueron subiendo al raíl y colocándose en el lugar que

les correspondía.

Cuando todas estuvieron sobre la rueda, se escucharon una serie de clics y después el silencio.

El suelo y las paredes temblaron un poco cuando comenzaron a descorrerse los cerrojos.

11

Empujé la puerta con el hombro, pesaba un montón, y alumbré el interior de la estancia. Se trataba de una sala de dimensiones reducidas con los muros, el suelo y el techo de la misma piedra del pasillo que acababa de recorrer, pero allí no había humedad. De hecho, el ambiente era seco y áspero, polvoriento. Costaba respirar en aquella habitación.

No había ningún tipo de decoración en las paredes. En el centro de la sala destacaba una especie de armario de bronce con patas que me llegaban hasta la rodilla.

Me acerqué al armario y lo alumbré con la linterna. En ambas puertas estaba grabado el escudo de Aldo Manucio: el ancla y el delfín enroscado en torno a ella.

Las patas, curvas y talladas con motivos florales, tenían un aspecto delicado y frágil. Me pregunté cómo podían sostener la mole de bronce que era aquel armario.

Alrededor de cada uno de los escudos destacaba un marco de madera tallada con los mismos motivos que las patas del mueble, pero en este caso no aportaban a las puertas nada de ligereza o fragilidad, seguían pareciendo pesadas y robustas.

Rodeé el armario para observarlo por los laterales y la parte trasera, pero no tenía más adornos, solo bronce liso y pulido.

Agarré ambos pomos y tiré hacia mí esperando que no diese ningún resultado. Imaginé que aquel armario estaría cerrado.

Las puertas cedieron sin problema.

¡Por fin algo sencillo!

Enfoqué el haz de la linterna hacia el interior. Sobre un atril reposaba un pequeño libro. Había esperado uno de esos antiguos manuscritos más grandes que yo y lo que tenía delante era un libro normal y corriente.

Bueno, a lo mejor no era normal y corriente porque tenía más de quinientos años, pero tenía el tamaño de un libro moderno, tal vez como un libro de bolsillo actual.

Estaba encuadernado en piel marrón, en la portada aparecía grabada en caracteres dorados una sola palabra:

Ἑρμοκράτης

Vale, estaba en griego. Del título no iba a pasar, eso estaba claro.

Tenía que ser aquel libro.

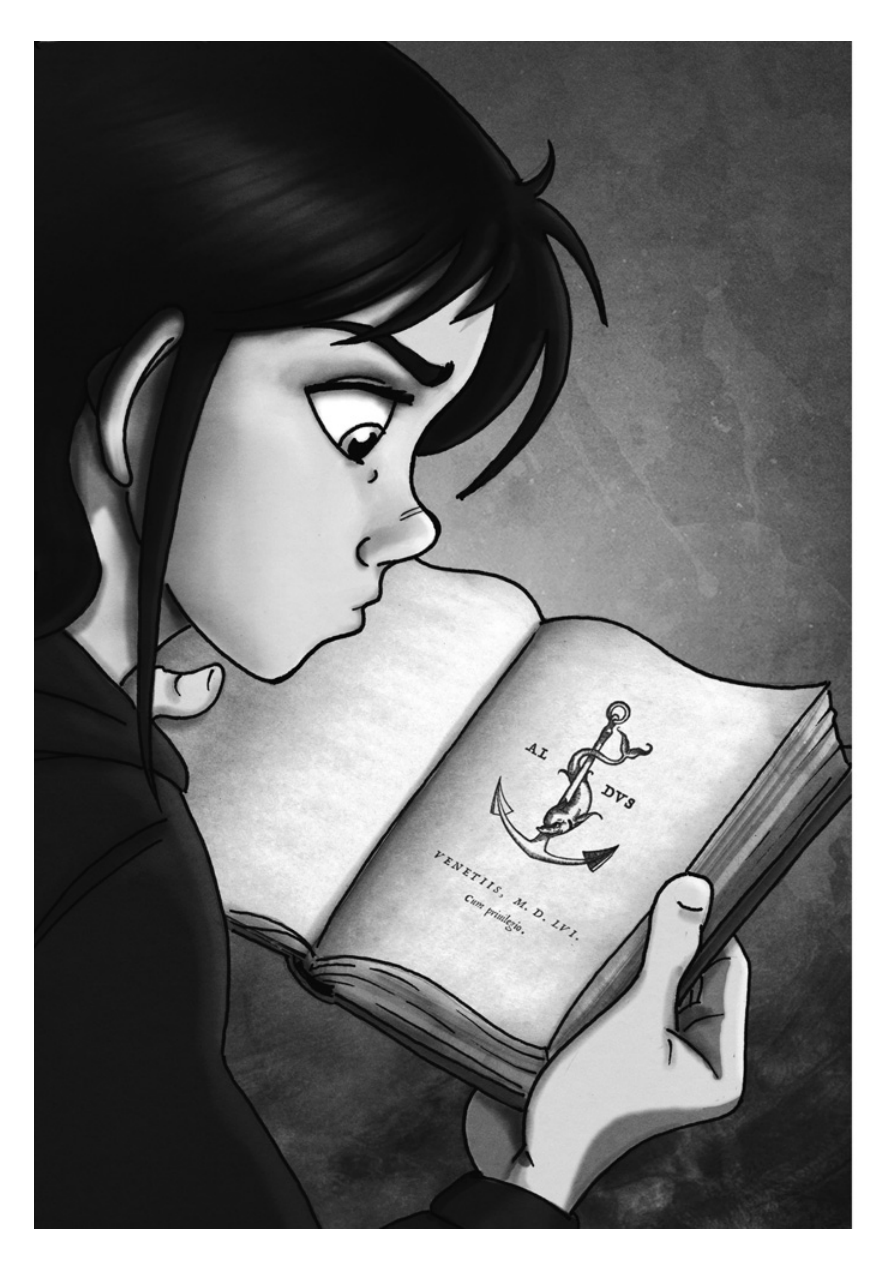
Lo abrí con mucho cuidado. En su primera página lucía orgulloso el escudo de impresor de Manucio.

Sí, tenía que ser aquel libro. No podía ser ningún otro.

No sabía si llevármelo o fotografiarlo, pero si lo dejaba allí, tal vez la siguiente vez que los volcanes hiciesen de las suyas nadie fuese capaz de encontrarlo… Por otro lado, yo era una Black. No podía robar cosas que no fuesen peligrosas para la humanidad y aquel libro, por sí mismo, no era peligroso. En absoluto.

Aquel libro pertenecía a un museo.

Tras darle muchas vueltas, decidí fotografiarlo y, además, llevármelo. La tía Paula podría hacérselo llegar a algún museo, lo donaríamos, pero no sin antes descubrir el secreto que aquellas páginas guardaban en su interior: la situación de la Atlántida.



—Amanda, Amanda, ¿me oyes? —Eric sonaba nervioso.

—Estoy aquí, dime.

—En las noticias están diciendo que se está registrando actividad en la caldera de Yellowstone... Cada vez nos quedaba menos tiempo.

Tenía que salir de allí cuanto antes.

Le envié las fotografías del libro a Eric antes de continuar. Estaba en griego y, que yo supiese, ni él ni yo dominábamos ese idioma… Ni siquiera éramos capaces de decir un par de palabras en él. Si necesitábamos traducirlo, llegaríamos demasiado tarde a la Atlántida.

Guardé el libro en la mochila y me di media vuelta para salir de la estancia.

Ya sabía que el túnel de la derecha no llevaba a ningún sitio y no podía regresar por donde había venido porque la puerta por la que había entrado no se abría desde dentro. Solo me quedaba una opción: el túnel de la izquierda.

Comencé a caminar del mismo modo que había hecho anteriormente por el pasadizo de la derecha. Palpando las paredes, alumbrando el techo con la linterna, buscando cada resquicio que pudiese llevarme al exterior.

A esas alturas estaba completamente perdida, no tenía ni idea de dónde me encontraba. Solo me quedaba continuar avanzando hasta dar con alguna salida.

—Eric, no tengo ni idea de dónde estoy…

—Espera un momento —contestó casi de inmediato—. Estoy intentando situarte en el mapa de Venecia para poder guiarte hacia alguna salida.

Tras unos momentos en silencio, volví a escuchar la voz de mi amigo.

—No sé cómo, pero parece que estás en algún tipo de alcantarillado que ya no se utiliza.

—Alcantarillas, genial. O sea que lo que estoy pisando es…

—Eso parece —me interrumpió Eric antes de que pudiese terminar la frase—, pero llevan siglos sin utilizarse… Bueno, sigue caminando. Más adelante tiene que haber una bifurcación, gira a la derecha en ella.

Hice lo que me dijo Eric y continué por aquel nuevo túnel.

—¡Ha cambiado! —exclamé.

—¿Qué ha cambiado?

—El túnel… Ya no es de piedra… ¡Es de ladrillo! ¡Y parece que estoy subiendo!

—Es que estás subiendo, pero todavía falta un poco… Y, si mis cálculos no fallan, vas a tener que bucear un trecho.

—Pero… el libro… Se va a estropear.

—Tu mochila tiene un compartimento estanco, úsalo —replicó mi amigo.

Me quité la mochila, la abrí y rebusqué en su interior. ¡Ahí estaba! Un bolsillo disimulado. Abrí el cierre y palpé el interior. Sí, aquello serviría. Aun así, en ese mismo bolsillo encontré varias bolsas impermeables. Saqué una de ellas de la mochila e introduje el pequeño libro en su interior. A continuación, metí el paquete en el bolsillo. Lo cerré y me aseguré varias veces de que aquello estuviese bien cerrado.

—Vale, ya está, sigo adelante.

—A unos veinte metros, el pasadizo vuelve a descender. Ahí es donde vas a tener que bucear… a lo largo de unos cincuenta metros. Después hay otro túnel que va hacia la derecha, tendrás que seguirlo hasta el final. Según el plano, tienes que salir al Gran Canal.

—Entendido.

Eric me había explicado todo eso porque sabía que, una vez que estuviese buceando, no podría hablar con él. Esta vez no llevaba la máscara con el intercomunicador, llevaría la botella en la boca, unas gafas de buceo y una linterna sumergible para poder ver algo.

Solo esperaba no pasarme el desvío que me llevaría hasta el Gran Canal y, con él, al exterior de este asqueroso túnel.

Poco después, llegó el momento de ponerme las gafas y utilizar la pequeña botella de aire.

Me sumergí en aquellas aguas turbias deseando no tener que hacerlo.

No veía nada.

Encendí la linterna.

No sirvió de nada.

Estiré el brazo hasta que rocé con los dedos los ladrillos del muro del lado derecho, cubiertos por un limo de tacto escurridizo y desagradable. Mi primer impulso fue separar la mano de aquello, pero entonces iría a ciegas del todo. Estiré de nuevo el brazo y, con un gesto de asco, permití que la yema del dedo índice se hundiese en aquella sustancia suave.

Tendría que servir.

Avancé pegada a la pared de la derecha, sin perder nunca el contacto con ella.

Temía quedarme sin aire, pero Eric había dicho que eran tan solo unos cincuenta metros… En teoría tenía aire de sobra, pero aquella oscuridad me agobiaba, me asfixiaba. No ver lo que tenía por delante era de lo más angustioso. Necesitaba mantener la calma.

Continué respirando despacio de la boca de la botella y buceando, intentando dar con el siguiente túnel.

Por fin, mi índice dejó de tocar la pared. Ahí estaba el desvío.

Giré casi a ciegas a causa del agua turbia y enfilé por aquel nuevo pasadizo.

Poco después, vi la luz del amanecer sobre mi cabeza.

Emergí con cuidado, intentando que no me viesen los pocos viandantes que ya había por las calles.

—Eric, estoy fuera —dije cuando pude quitarme la botella de la boca.

—Bien, ahora vuelve aquí tan rápido como puedas.

Aproveché un momento en el que no pasaba nadie por las calles para salir del agua.

Corrí hasta el hotel a toda la velocidad de la que fui capaz.

Todavía nos quedaba mucho trabajo por delante y muy poco tiempo para hacerlo.

12

—¿Cómo vas con la traducción del libro? —pregunté abriendo la puerta de la habitación en la que Eric esperaba mi regreso.

—Buenos días, ¿qué tal has pasado la noche, Eric? ¿Estás bien? —replicó mi amigo levantando una ceja y mirándome con una sonrisa torcida.

—Vale, lo siento… ¿Qué tal todo por aquí? —dije sentándome junto a él—. Es que estoy muy nerviosa, no nos queda mucho tiempo…

—Le envié las fotografías a tu tía. Benson y ella están trabajando en la traducción… En cuanto sepan algo, nos lo dirán. Ahora… —dijo levantándose de la silla en la que estaba y tendiéndome su mano para que la cogiese. Por supuesto, lo hice—. Solo nos queda esperar. Y mejor esperar con el estómago lleno.

Me llevó hasta la terraza de la habitación, donde nos esperaba un suculento desayuno con todo lo que nadie pudiese soñar: tostadas, fruta, cereales, cruasanes, leche, zumos, mermeladas de todos los sabores… ¡Y hasta una cafetera! Pero ¡si nosotros no tomábamos café! Eric siguió la dirección de mi mirada.

—Ah, lo he pedido por si acaso. No hemos dormido nada esta noche y no sabemos cuándo tendremos que marcharnos. Depende de tu tía.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a comer los dos.

—Estaba muerta de hambre —comenté llevándome un cruasán a la boca y pegándole un enorme bocado—. La noche ha sido muy intensa.

—¿Sabes que apestas? —preguntó Eric con una sonrisa.

Dejé de masticar y olisqueé mi mono. El hedor me golpeó la nariz.

—No me había dado cuenta… He estado tanto tiempo en esos subterráneos que se me ha anestesiado el olfato. En cuanto acabe de desayunar, me ducho.

—Y después dormiremos un rato. Necesitamos descansar.

Me pareció el mejor plan del mundo. Levanté mi mano y choqué los cinco con él.

Después de desayunar, seguí el plan al detalle: me duché, me puse un pijama limpio y me metí entre las sábanas suaves y fresquitas de mi cama.

Me pareció que había dormido tan solo un par de minutos cuando sonó mi teléfono. Contesté con la voz pastosa y los ojos apenas abiertos.

—¿Sí?

—Amanda, tenéis que volar ahora mismo a Santorini. —El tono de mi tía era urgente—. Benson cree que allí podría estar la Atlántida.

—¿Benson? —De acuerdo, mi cerebro no funcionaba todavía al cien por cien.

—Sí, claro, es él quien ha leído el libro de Platón y ha traducido las partes que creía interesantes… Por lo visto, ha encontrado menciones a eventos y descripciones de lugares y templos que indican que esa isla es el lugar que buscamos… Y, además, cita la erupción volcánica que tuvo lugar en la isla en el año 1600 y pico antes de Cristo… El avión ya está preparado. Podréis partir en cuanto lleguéis al aeropuerto.

—De acuerdo —repliqué—. ¿Dónde tenemos que ir cuando lleguemos?

—Te voy a pasar una dirección. Es una casa que utilizaremos como base de operaciones. Benson, Thomas y yo vamos de camino, pero todavía nos llevará bastantes horas llegar.

La tía Paula colgó casi sin despedirse.

Me acerqué a la cama de Eric con intención de despertarlo y contarle lo que me acababa de decir mi tía, pero ya estaba despierto y me miraba con una interrogación en los ojos.

—Santorini —dije—. Tenemos que irnos ahora mismo.

Eric cogió su dispositivo de la mesilla —nunca dormía muy lejos de él— y tecleó algo.

—Tiene sentido —comentó pensativo cuando leyó los resultados de la búsqueda—. La isla surgió al sur del mar Egeo, a unos doscientos kilómetros al sureste de la parte continental de Grecia, después de una gran explosión volcánica hace unos tres mil quinientos años…

—Pues, como no nos demos prisa, va a desaparecer de la misma manera que apareció —lo interrumpí.

Recogimos nuestro equipo en apenas unos minutos y partimos hacia el aeropuerto. Tal y como había dicho la tía Paula, todo estaba preparado y pudimos despegar en cuanto subimos al avión. De nuevo, nadie hizo preguntas. A nadie le extrañó que el piloto de aquella peculiar aeronave fuese una niña de trece años.

Llegamos a Santorini en algo más de dos horas y a la dirección que nos había indicado la tía Paula en menos de cuarenta minutos más desde el aterrizaje.

—Pero ¿por qué es esto tan bonito? —pregunté sorprendida al bajar del taxi.



Nos encontrábamos en Thira, la capital de Santorini, una pequeña ciudad de paredes encaladas y tejados de un azul tan intenso que competía con el de las aguas del mar que rodeaban la isla. El sol rebotaba contra el blanco perfecto de las viviendas y nos deslumbraba. Tanto Eric como yo tuvimos que ponernos las gafas de sol para evitar quedarnos ciegos. Las calles estaban inundadas con el aroma de las buganvillas de un fuerte color rosado que destacan contra las fachadas blancas. Olía a flores, a mar, a redes de pescador, a sal. Las calles rebosaban de turistas cuyos coloridos atuendos no hacían más que sumarse a la belleza de las calles; todos ellos a la caza de la fotografía más pintoresca. Aposté a que no les sería muy difícil conseguirla, y menos bajo aquel clima cálido y brillante que parecía abrazarlo todo y a todos.

El lugar parecía congelado en el tiempo. En un tiempo antiguo, muy antiguo. Aquella isla era uno de los lugares más impresionantes que había conocido. Nunca había visto nada igual… E iba a seguir sin verla, porque no habíamos ido allí a hacer turismo. Habíamos ido a evitar el fin del mundo, algo que,

habitualmente y hablando desde mi experiencia, te dejaba poco tiempo para hacer visitas.

Suspiré y miré a Eric, que parecía estar pensando lo mismo que yo.

—Te prometo que volveremos a visitarla —susurré en su oído.

Él sonrío.

—¿Ahora lees mentes? —preguntó.

—Solo cuando están pensando lo mismo que yo —repliqué dándole un puñetazo suave en el brazo—. Vamos, tenemos que prepararnos.

Nos acercamos a la vivienda. Se trataba de un chalet blanco con ventanas azules. Las líneas de su fachada eran rectas y limpias. Un porche con arcos precedía a la enorme puerta de madera pintada también de un color azul intenso que daba paso al interior. Mi tía me había dicho que la llave estaría en un macetero, también azul, junto a la puerta. Cogí la llave y la giré en la cerradura.

La puerta se abrió con suavidad y entramos.

El interior era fresco, también blanco con ventanas y puertas pintadas del mismo azul brillante. Los muebles eran de madera clara y todo el techo estaba atravesado por vigas que habían pintado de blanco.

Era una casa sencilla y bonita. En ella se respiraba armonía. Un amplio ventanal daba al jardín trasero, en el que destacaba una piscina de aguas cristalinas que invitaban a su disfrute.

Ojalá hubiésemos podido hacer eso, disfrutarla, aunque hubiese sido tan solo durante una hora. No obstante, durante el trayecto del aeropuerto a la casita, habíamos recibido un mensaje de mi tía. Eric y yo nos sentamos a la mesa de madera que presidía el salón y nos dispusimos a leerlo.

El escrito de Platón desvelaba que la Atlántida estaba en Santorini, sí, pero la isla tenía una superficie de más de setenta y nueve kilómetros cuadrados… Todavía faltaba mucho para descubrir su posición exacta, y eso precisamente nos había pedido mi tía: que fuésemos averiguando lo que pudiésemos hasta que ellos

llegasen.

Benson había enviado al dispositivo de Eric las pistas que había encontrado en el libro que habíamos recuperado en Venecia, las cuales en teoría tendrían que llevarnos hasta la entrada al reino perdido de la Atlántida.

Leí las pistas.

No entendí nada.

¿Por qué no podían ser las cosas un poco más fáciles?

A lo mejor porque, en mi vida, nunca nada era fácil.

13

—La primera pista dice: «Se pesca cuando florecen los campos y cuando el sol los amarillea —leyó Eric—. Su lomo moteado te guiará hasta el siguiente».

—Por supuesto, ahora está todo mucho más claro —resoplé.

—Ya volveremos sobre cada una de las pistas, ahora solo vamos a leerlas… —intentó tranquilizarme mi amigo.

—De acuerdo —estaba molesta y mi voz no consiguió disimularlo—. Sigue.

—«Todo el año puedes verla en el mar, en tierra solo cuando el anterior te guíe».

—Esto no hace más que mejorar…

—La tercera es: «Solo o en compañía lo encontrarás. Si quieres cogerlo, se prodigan de las targelias a las esciroforias»… —Eric me miró—. No digas nada, por favor.

Ambos rompimos a reír.

—¿Hay más? —pregunté todavía riéndome—. No he entendido ni una sola de estas pistas. De momento, solo he entendido que tenemos que buscar peces… Porque todas esas pistas se refieren a peces, ¿verdad?

—Sí, sí, eso creo yo también… —dijo Eric—. Hay otra pista más, espera… «Para capturarlo has de esperar al calor más intenso».

Tras leer la última pista que nos había proporcionado Benson, Eric comenzó a teclear en su dispositivo y a leer los resultados de su búsqueda.

Deslizaba el dedo hacia arriba en la pantalla según avanzaba en

la lectura, yo lo miraba interesada, pero sin atreverme a interrumpirlo. Por fin levantó la vista y me miró.

—Vale, entonces tenemos que buscar un pez que se pesque en primavera y en verano, otro que está durante todo el año en estas aguas, otro que se pesca sobre todo en mayo y junio y, por último, uno que se pesca en agosto.

—¿Cómo has averiguado todo eso? —pregunté sorprendida.

—Bueno, los campos florecen en primavera y amarillean en verano —comenzó a explicar Eric—. La siguiente pista está clara, es un pez que está todo el año. La tercera pista me ha llevado más tiempo, las targelias y las esciroforias se refieren a los meses de mayo y junio en el calendario ático, el que se utilizaba en la antigua Grecia; y, por último, el calor más intenso en esta zona se da durante el mes de agosto…

—Tiene sentido… Pero ¿qué peces hay que se pesquen en esos meses?

—Muchísimos. Lo que no sé es cuáles se pescarán en estas aguas, eso es más difícil encontrarlo… Y tampoco sabemos para qué nos sirve averiguar esos peces.

—Tiene que ser algún tipo de puzle, pero no sabemos dónde se encuentra —murmuré pensativa. Guardé silencio unos instantes más, intentando darle forma a una idea que se me acababa de ocurrir—. Tal vez… Puede que sea una tontería, pero no perdemos nada por intentarlo… No sé, yo creo que… A lo mejor no sirve de nada, pero…

—¿Me dices la idea de una vez? —me interrumpió Eric.

—Sí, sí perdona —dije sacudiendo la cabeza—. Vale, tal vez debamos hablar con algún pescador de la isla…

—Creo que es una idea genial —replicó Eric con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero hay un problema… Nosotros no hablamos griego. Tendremos que esperar a que llegue mi tía.

—O podemos buscar uno que hable nuestro idioma —propuso mi amigo.

Lo miré con una ceja levantada, dudaba mucho de que fuésemos a dar con un pescador con el que pudiésemos comunicarnos. No obstante, no perdíamos nada por intentarlo.

Cogimos nuestras mochilas, metimos algo de equipo y dinero en ellas y salimos de la casa cerrando la puerta con llave.

Encaminamos nuestros pasos hacia el puerto, el lugar donde pensamos que sería más fácil encontrar un pescador. Nuestra base de operaciones se encontraba en la parte más alta de la ciudad, en una colina con vistas a toda la bahía. El recorrido hasta el puerto era encantador, calles estrechas y empinadas rodeadas de casitas en cuyas fachadas predominaban el blanco y el azul intenso. Las calles empedradas se convertían en escaleras en algunos tramos donde el ángulo de la calle era demasiado inclinado. Antes de salir de la casa, Eric había buscado la posición del puerto. Al hacerlo se había dado cuenta de que había más de uno. Habíamos descartado los más modernos, ya que imaginamos que serían los que utilizarían los ferris que llegaban hasta la isla. Nos habíamos decidido por el puerto antiguo.

Nos llevó más de veinte minutos llegar hasta él, ya que se encontraba escondido en una cala, rodeado por una pared natural de origen volcánico. Un edificio que parecía una especie de castillo antiguo se alzaba sobre el puerto. El paseo marítimo estaba rodeado bordeado por tiendas y restaurantes repletos de turistas que compraban recuerdos o tomaban el sol en las terrazas frente al mar.

No parecía que allí hubiese muchos pescadores. Nos acercamos a una de las tiendas y preguntamos al dependiente dónde encontraríamos un puerto pesquero. El joven hablaba nuestro idioma con soltura y pareció sorprenderse ante nuestra pregunta; sin embargo, nos trató con amabilidad. Nos dijo que para visitar un auténtico puerto pesquero tendríamos que viajar hasta la aldea de Oia, situada a unos doce kilómetros, pero necesitaríamos un coche o una lancha.

Nadie iba a alquilarle un coche a dos adolescentes de trece años, eso lo tenía muy claro.

Solo podíamos sentarnos a esperar a mi tía, a Benson y a lord Thomsing.

14

No tuvimos que esperar mucho, poco después llegaron en una lancha… Para ser exactos, en mi lancha, la que había conseguido tras aceptar mi destino como Black y la cual había pasado por las manos de Benson para ser mejorada. Era muy silenciosa, muy veloz y muy muy, cómoda.

—¡Chicos! ¡Aquí! —La tía Paula nos saludaba desde la lancha.

Eric y yo habíamos decidido esperar a los adultos tomando algo en alguna de las terrazas y les habíamos enviado un mensaje, pero no imaginábamos que fuesen a llegar por mar.

Nos acercamos a la lancha. Benson estaba atándola en el muelle.

—Ni os molestéis —comenté saltando al interior—. Nos vamos. Os pondremos al corriente de lo que hemos descubierto en el trayecto.

Benson no discutió; desató la lancha y ayudó a Eric a entrar sin caerse al agua. Mi tía arrancó el motor y nos alejamos del puerto.

—De acuerdo, ¿dónde vamos? —preguntó sin soltar el volante.

Se lo dijimos y ella tecleó rápidamente la información en el GPS. A continuación, Eric y yo pusimos al corriente a los tres adultos de las conclusiones que habíamos sacado después de analizar las pistas que Benson nos había hecho llegar y les contamos nuestra idea de ir a hablar con un pescador de la zona.

—No está mal —aprobó lord Thomsing acariciando su enorme bigote—. Nada mal…

—Os necesitamos para que habléis vosotros con los pescadores —pidió Eric—. Nosotros no hablamos griego…

Sentí los ojos de la tía Paula clavados en mí. Ni siquiera me atreví a devolverle la mirada.

—Amanda debería prestar más atención en las clases que le doy —comentó meneando la cabeza—, pero bueno, supongo que en ocasiones es demasiado, ¿no, cariño?

—Sí, tía —dije avergonzada—. Prometo que prestaré más atención…

Mi tía soltó una carcajada alegre que me indicó que no estaba enfadada… Y eso me alivió muchísimo.

Disfrutamos del trayecto en la lancha hasta la aldea de Oia. Me encantaba montar en lancha, la sensación del viento en mi pelo y la sal del mar pegándose en mi piel mientras las gotas de agua me rociaban el rostro. Era una sensación maravillosa de libertad.

Por fin llegamos al pequeño puerto, rodeado de rocas rojizas y altas sobre las que se situaba un castillo. A los griegos, por lo visto, les gustaba eso de construir castillos en puertos… Un poco más arriba se encontraba la aldea. Del castillo partía una escalera que bajaba hasta las escasas tiendas que había en el lugar. Sobre las aguas, transparentes y claras, se mecían con suavidad numerosos botes y barcas, esperando a sus ocupantes para hacerse a la mar.

Amarramos la lancha y saltamos al muelle. La tía Paula lideraba la expedición.

A pesar de ser un lugar mucho menos turístico que el puerto de Thira, numerosos visitantes abarrotaban el lugar. La tía Paula caminó hasta casi llegar al final del puerto y, por fin, vio un pescador. Se acercó a él con una sonrisa amable. Lord Thomsing y Benson también se aproximaron, mientras que Eric y yo nos quedamos unos pasos por detrás, observando la escena. El pescador llevaba una camisa oscura que había visto tiempos mejores, una gorra descolorida para protegerse del ataque del sol en alta mar, unos pantalones grises y unas botas llenas de heridas.

—Llámame loco —susurró Eric en mi oído—, pero ese pescador es clavado a Benson.

Yo no me había fijado, pero en ese momento clavé mi mirada en

ambos. Mis ojos saltaban de uno a otro sin poder dar crédito.

—Pero iguales iguales —dije en voz baja—, podrían ser gemelos.

La conversación se alargó durante unos minutos hasta que la tía Paula nos llamó. Le pidió a Eric que fuese diciéndole las pistas y ella fue traduciéndoselas al pescador.

Yo clavé los ojos en Benson, que, en ocasiones, intervenía para explicarle algo al hombre con mayor profundidad. Por lo que parecía, hablaba el idioma a la perfección.

De vez en cuando la tía Paula apuntaba una palabra en una pequeña libreta.

Cuando ya nos íbamos, el pescador puso la mano en el hombro de Benson y se acercó a él. Ambos charlaron unos instantes más. El hombre señaló a algún punto indefinido situado más allá de donde nosotros nos encontrábamos. Benson preguntó algo y su interlocutor asintió con una sonrisa que hizo que la piel alrededor de sus ojos formase unos profundos surcos. Sus labios también se ensancharon y dejaron a la vista una dentadura blanca y perfecta. Entonces se despidieron con una inclinación de cabeza a la vez que llevaban su mano derecha al pecho.

Cuando nos hubimos separado del hombre, no pude contener más mi curiosidad y me acerqué a Benson.

—¿Quién era? —pregunté—. ¿Lo conoces? Se parecía mucho a ti…

Benson me miró sonriendo, pero ignoró mi pregunta.

—Ya sabemos qué peces buscamos —dijo, en cambio—. Y también dónde tenemos que buscarlos.

—¿Y dónde es eso? —No insistí en mi anterior pregunta. Sabía que no iba a sacarle nada más que lo que él me quisiera contar.



El mayordomo se detuvo y lanzó una mirada a nuestro alrededor para comprobar que nadie nos prestase atención.

—Cuando ya nos alejábamos —comenzó a explicarnos Benson—, el pescador me ha retenido unos instantes más como habéis visto… Me ha indicado unas ruinas al sur de la isla donde podríamos

encontrar los peces que buscamos… Se trata de una antigua ágora.

—¿Qué es un ágora? —preguntó Eric.

—El ágora es donde se reunía la gente en la Antigua Grecia —dijo lord Thomsing—, una plaza que era el centro de la vida política, cultural y comercial de la época.

—¿Y dónde te ha dicho el pescador que están esas ruinas? —se interesó mi tía—. No podemos perder ni un minuto.

—Y no lo perderemos, señora Paula, no lo perderemos.

Dicho esto, Benson entró en la lancha con un salto ágil impropio de alguien con su físico —y su edad—, Eric y yo saltamos detrás de él y nos acomodamos en los asientos. Mi tía Paula nos siguió y se puso tras el volante. Por último, lord Thomsing desató el cabo que evitaba que la lancha se alejase del muelle y saltó con él en la mano al interior situándose junto a mi tía, que arrancó sin perder ni un segundo.

Nos alejamos de la aldea de Oia con un claro destino.

15

La tía Paula paró frente a una playa de piedras pequeñas y negras.

—Esperadme en la orilla —pidió—. Tengo que hablar con Benson.

Saltamos de la lancha y, a pesar de que mi tía nos había acercado lo máximo posible a la playa, no pudimos evitar mojarnos los pies.

Mi tía y Benson hablaron durante unos minutos. El mayordomo señalaba hacia algún punto situado a nuestras espaldas mientras mi tía asentía. Finalmente, ella también salió de la lancha y se acercó a nosotros.

—Dice Benson que tenemos que caminar como diez minutos en aquella dirección —gritó mi tía para hacerse oír por encima del sonido de las olas—. ¡En marcha!

Mientras nosotros nos alejamos por la playa, Benson dio la vuelta y se adentró en el mar con la lancha.

—¿Adónde va? —quise saber.

—A por el equipo, mi joven amiga —rio lord Thomsing guiñándome un ojo—. Hemos venido preparados para todo.

Aquella zona no parecía habitada, el paisaje apenas estaba salpicado con alguna casa aquí o allí. Caminábamos por un campo en el que, de vez en cuando, nos encontrábamos un arbusto o algún árbol raquítico.

—Hay unas ruinas muy famosas en esta zona —comentó la tía Paula—. Las ruinas de Acrotiri… Esa carretera lleva a ellas.

Señaló una carretera llena de baches que rodeaba la playa para

adentrarse después en los campos. No obstante, nosotros estamos buscando otras ruinas que, por lo visto, no aparecen en los mapas turísticos… Según lo que le había contado ese pescador a Benson, solo los habitantes de más edad de la isla las conocen… Y las protegen de ojos y visitas indiscretos.

—¿Y por qué se lo ha contado a Benson? —preguntó Eric.

—¿Tú los has visto, cariño? —replicó mi tía con la risa bailando en sus ojos.

—Sí, se parecían mucho —dijo Eric—. ¿Se conocían?

Mi tía detuvo la marcha y miró a mi amigo con una sonrisa.

—Eso se lo vas a tener que preguntar tú —le dijo dándole un toque en la nariz llena de pecas.

—No me va a contestar —murmuró Eric.

—Pues eso. —La tía Paula se encogió de hombros y se dio media vuelta—. Venga, sigamos. Todavía queda mucho por hacer… Y esta isla podría explotar en cualquier momento.

—¡¿Qué?! —exclamamos Eric y yo a la vez.

—Bueno, queridos niños, es una isla volcánica… —Lord Thomsing dejó la frase en el aire.

—Claro…, podría haber una erupción en cualquier momento —reconoció Eric en un murmullo—. Pues venga, vamos, no perdamos tiempo. Tenemos que parar esto como sea.

Poco después, llegamos a una pequeña zona boscosa. La sombra de los árboles nos refrescó después del paseo bajo el sol. Atravesar el bosque nos llevó unos escasos cinco minutos. Al otro lado del muro verde encontramos el ágora que nos había dicho Benson. Estaba rodeada por aquel bosque, protegida por él. Situada en el centro de un claro.

Nos detuvimos en el lugar en el que desaparecían los árboles para dar paso a un espacio rectangular, enmarcado por columnas que sostenían un tejado que había desaparecido en su mayor parte. Las columnas, sencillas y gruesas, estaban recorridas de arriba a abajo por surcos y carecían de una base. Tras esta primera construcción, se habían alzado otras de las cuales no quedaba nada

más que algunas piedras aquí y allá, que delataban lo que habían sido sus muros. La vegetación se había adueñado del lugar, pero no había conseguido derruir dos edificios, situados al otro lado del claro.

—Aquello tienen que ser templos. —Lord Thomsing señalaba hacia las dos únicas edificaciones que quedaban en pie.

—No es lo que estamos buscando —dijo con firmeza mi tía haciendo un movimiento con la mano, como quien espanta una mosca.

Miré las construcciones que había señalado lord Thomsing y di un par de pasos en su dirección. Quería verlas. Se trataba de dos edificios, no muy grandes, ambos rodeados por columnas iguales a las del lugar en el que nos encontrábamos en ese momento. Los dos eran exactamente iguales. En lo que supuse que sería la entrada, se alzaba, en su parte más alta, un triángulo de piedra. Desde donde me encontraba pude ver que en el interior de aquel triángulo había figuras talladas, pero no llegué a distinguir qué representaban.

—Venga, Amanda, no tenemos tiempo para visitas turísticas —me apremió mi tía.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Eric mirando a su alrededor con la boca abierta.

—Unas piedras —contestó la tía Paula—. En el suelo. En ellas hay tallas en forma de pez.

Nos dispersamos por aquel espacio, los cuatro con las cabezas inclinadas hacia el suelo, sin prestar atención a nada más.

—¡Aquí! —exclamó lord Thomsing cuando ya casi habíamos perdido la esperanza de dar con lo que buscábamos.

Alcé la vista a toda velocidad y vi que estaba en uno de los laterales del claro, bastante alejado del lugar por el que habíamos llegado. No había nada de interés en aquella zona. Ni edificios ni templos ni nada. Todos corrimos en su dirección.

Al llegar vimos en el suelo unas losas de piedra, cuadradas, de unos cuarenta centímetros en cada uno de sus lados y talladas de manera basta, sobre las que habían grabado figuras de peces. Era

una zona bastante amplia, había demasiadas losas en aquel lugar, lo que significaba demasiados peces.

Y solo buscábamos cuatro de ellos.

16

—Muy bien, escuchad todos —llamó la tía Paula.

Esperó paciente a que nos colocásemos a su alrededor para comenzar a hablar:

—Estos son los peces que nos ha dicho el pescador que se corresponden con cada una de las pistas —comenzó a enumerar—. Primero, «su lomo moteado te guiará hasta el siguiente», bien, se trata del mero oscuro, bastante común en estas aguas; el segundo, cuya pista era «todo el año puedes verla en el mar, en tierra solo cuando el anterior te guíe» creemos que es la barracuda, por lo que nos dijo el pescador es fácil verla a lo largo de todo el año, pero también podría ser el pez Pandora. Cuando encontremos el mero, será más sencillo descartar uno de los dos. A continuación, buscaremos el medregal, la pista de este era «solo o en compañía lo encontrarás. Si quieres cogerlo, se prodigan de las targelias a las esciroforias». —Hizo una pausa y nos miró con una mueca divertida en su boca antes de continuar—. De no ser por el pescador, nunca lo habríamos averiguado. Y, por último, «para capturarlo has de esperar al calor más intenso» este sería el atún listado, cuya época de pesca es el mes de agosto. Buscad las imágenes en internet para tener claro cómo son. Nos dispersaremos para cubrir más terreno y buscaremos en orden, empezando por el mero. ¡En marcha!

Comenzamos cada uno por una esquina, revisando todas las baldosas una por una. Había diez baldosas por lado, lo que daba un total de cien baldosas. Cien peces.

Nos íbamos a dejar los ojos.

A favor de la persona que los hubiese cincelado podíamos decir que había sido bastante exacta en la reproducción de los animales, ya que estaban muy detallados y eso era algo que nos facilitaba, por lo menos un poco, la tarea.

Continuábamos sin saber qué habría que hacer una vez diésemos con ellos, pero de manera tácita, habíamos decidido que ya nos preocuparíamos por ello cuando llegase el momento. Vamos, que le habíamos dado una patada al problema y se lo habíamos lanzado a nuestro yo del futuro para que lo solucionara.

Todos avanzábamos despacio, con la mirada fija en el suelo, yo dudaba mucho antes de descartar ninguna baldosa… Todos los peces me parecían, si no iguales, por lo menos muy parecidos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó lord Thomsing tras casi quince minutos. Miraba al suelo, a la pantalla de su móvil y volvía a mirar al suelo, comprobando que no se hubiese equivocado—. ¡Esto se parece mucho al mero oscuro!

Nos acercamos a la carrera desde nuestros respectivos sectores de búsqueda. Cuando llegamos, todos nos fijamos en la talla que señalaba lord Thomsing para, a continuación, mirar las pantallas de nuestros respectivos móviles en las que todos teníamos la foto de un mero oscuro. Repetimos la operación varias veces —igual que había hecho lord Thomsing— para asegurarnos de que efectivamente había encontrado el correcto. La talla mostraba un pez grande, de aspecto robusto, cuya boca y ojos tenían un tamaño considerable. Pequeñas manchas en relieve se extendían desde la cabeza hasta la cola.

Sí, aquello tenía todo el aspecto de ser un mero.



—Parece que tenemos el primer pez, querido —comentó la tía Paula con una sonrisa. Siguió la dirección de la cabeza del mero y caminó algunos pasos—. ¡Y aquí está la barracuda!

Lord Thomsing sacó algo de su mochila y lo dejó sobre la primera losa antes de acercarse. Eric y yo no tuvimos ningún

miramiento, corrimos hasta el lugar donde se encontraba la tía Paula.

Un pez estrecho, alargado y de morro afilado nos recibió. Eric se arrodilló junto a la baldosa y la miró de cerca.

—A ver, no hay duda —dijo sin levantar la vista del suelo. Se quitó la mochila de la espalda, la abrió y rebuscó algo en su interior. Sacó la linterna y la dejó sobre la barracuda—. Vale, ¿siguiente pez?

—¿El medregal? —pregunté a nadie en particular.

—Correcto —confirmó mi tía—. De nuevo cada uno a una esquina.

Buscábamos un pez de ojos pequeños, boca redondeada y cuerpo alargado. Para mí se trataba de un pez bastante prototípico. Por lo que veía en mi móvil, algunos podían tener una línea que atravesaba todo su cuerpo, desde la cabeza hasta la cola… Pero algunos no la tenían, así que no sabía muy bien en qué fijarme.

Mis ojos danzaron perdidos por los peces que había a mis pies. Descarté unos cuantos cuyas formas eran muy diferentes a la que buscaba. Por fin, mi mirada tropezó con una línea en un lomo. Me acerqué, me arrodillé tal y como había hecho Eric pocos minutos antes y puse la pantalla del móvil sobre la talla que tenía delante.

Podría ser.

Pero no estaba segura.

—¡Tía Paula! —llamé—. ¡Creo que lo tengo, pero no estoy segura!

Mi tía se acercó, se arrodilló junto a mí, miró aquel pez con atención durante algunos segundos, miró la pantalla de mi móvil, que yo continuaba sosteniendo sobre el grabado. Pasó los dedos por la piedra, volvió a mirar la pantalla.

—Yo diría que sí lo es, pero tiene una forma tan común… —dudó también ella—. Mira, vamos a marcarla como las otras y… Ya veremos. —Se alzó sacudiéndose la tierra de las perneras del pantalón—. Venga, cariño, busquemos el atún listado.

—¿Es? —Lord Thomsing se había acercado a nosotras.

—No estamos seguras —dijo mi tía encogiéndose de hombros—. Vamos a ver si encontramos el atún y después volveremos sobre este, díselo a Eric, por favor —pidió.

Lord Thomsing se acercó a Eric para informarle mientras yo marcaba la baldosa del medregal. Continuamos con la búsqueda del último pez. Este era bastante más sencillo, el atún listado tenía un cuerpo grande en forma de zeppelín y una cabeza pequeña. Además, lucía unas líneas en el lomo bastante obvias y en su parte dorsal sobresalían dos aletas bastante juntas… No había duda.

Poco después de comenzar a buscarlo, Eric dio con él. Todos nos aproximamos y dimos por bueno el hallazgo. Como decía, no había duda con el atún.

Ya teníamos los cuatro peces.

Solo nos faltaba averiguar qué había que hacer con ellos.

17

Llevábamos más de media hora pensando qué hacer. Nos habíamos aproximado a los edificios que se encontraban en la zona en la que miraban cada uno de los peces y habíamos buscado en ellos sin dar con nada. Habíamos intentado unir sus cabezas en un punto imaginario que señalase a otra baldosa y tampoco habíamos obtenido ningún resultado. Habíamos intentado levantarlas, nada. Habíamos buscado información en común que uniese a esas cuatro especies… y, de nuevo, no habíamos encontrado nada.

Estábamos sentados en el suelo, pensando qué podíamos intentar que no se nos hubiese ocurrido ya, cuando un temblor sacudió todo a nuestro alrededor.

—¡¿Qué ocurre?! —Eric estaba muy asustado.

—Señora Paula —escuchamos todos en nuestros intercomunicadores. La urgencia en la voz de Benson era patente—. ¡Señora Paula! ¡Hay actividad volcánica en la isla! ¡Deben apresurarse!

El temblor cesó poco a poco hasta desaparecer como si nunca hubiese existido.

Teníamos que encontrar la clave de esas baldosas ya.

El tiempo se acababa.

—Vale —comencé intentando sonar tranquila. No salió bien, la voz me temblaba—, lo único que no hemos intentado es pisarlas.

Eric se sacudió el miedo de encima y afiló la mirada. Se alzó sobre sus piernas y se acercó a la baldosa de la barracuda, que era la que le quedaba más cerca. Con un paso cauteloso se subió a ella.

No ocurrió nada.

Pero tampoco abandonó la baldosa.

—Id cada uno a una —dijo dando un paso para atrás—. Nos subiremos a ellas los cuatro a la vez.

Nos acercamos cada uno a uno de los peces.

—A la de tres —dijo mi tía—. ¡Uno!… ¡Dos!… ¡Y tres!

Saltamos los cuatro a la vez deseando que sucediese algo… Y que no nos hubiésemos equivocado de pez con el medregal.

Las baldosas se hundieron bajo nuestro peso.

El suelo comenzó a temblar de nuevo, pero esta vez solo temblaba en la zona en la que nos encontrábamos. Algunas losas se retiraron hacia los lados, desaparecieron bajo otras con un sonido áspero, dejando al descubierto una escalera que descendía hacia el centro de la isla.

Vale, había sucedido algo y no nos habíamos equivocado de pez.

—Yo bajaré —me ofrecí—, pero necesitaré algo de equipo.

—De momento, solo vas a ver qué hay ahí abajo, después decidiremos qué hacer —dijo la tía Paula—. Esto es demasiado peligroso y aquí no tenemos equipo, lo tenemos en el barco.

—¿Barco? —preguntamos Eric y yo a la vez.

—Claro, ¿cómo si no íbamos a encarar una misión en la Atlántida? —explicó la tía Paula—. Se supone que es un reino que se hundió en las aguas… Necesitábamos un barco y hemos traído un barco.

—¡Y qué barco! —añadió lord Thomsing—. Tiene todo el equipo que podáis imaginar… ¡Y hasta un pequeño submarino!

—¡Un submarino! —exclamé—. Pero yo no sé pilotar un submarino…

—Pero yo sí, joven amiga —dijo lord Thomsing sonriendo—. En esta última parte de la misión, voy a ser tu compañero, no vas a bajar al fondo marino tú sola… En mis tiempos de explorador, descendí a muchos pecios situados a grandes profundidades.

—Bueno, bueno —interrumpió mi tía—. Primero tenemos que averiguar qué hay ahí abajo. —Señaló la escalera con la cabeza—.

Después ya veremos si necesitamos el submarino o no.

Asentí, resoplé reuniendo valor para descender aquellos escalones y me volví para encarar aquel rectángulo que se adentraba en la oscuridad.

—No olvides la linterna —pidió Eric tendiéndome la suya.

La cogí y, con un gesto de despedida, me adentré en las tripas de la isla.

La escalera descendía en círculo. Era estrecha, empinada, sofocante y muy muy oscura… Pero por lo menos no había ningún precipicio en ninguno de los dos lados. Estaba rodeada por muros formados por bloques de piedra clara y lisa. Cuanto más bajaba, más calor hacía. Me limpié el sudor y continué el descenso.

Cuando llegué al final, un arco, obviamente obra del ser humano, daba paso a una caverna natural de roca negra y porosa. Enseguida vi de dónde procedía el calor: todo el centro de la caverna estaba ocupado por un lago de lava.

Me acerqué, el calor era asfixiante, pero estaba segura de que allí tenía que haber algo más.

Todo aquel viaje no podía haber sido en vano.

Varias rocas destacaban en el lago ardiente de color naranja. Medí a ojo la distancia desde donde me encontraba hasta la primera de esas piedras y pensé que podría saltarla. Lo malo era que, si me pasaba con el salto, caería en la lava y moriría devorada por ella. Nadie encontraría nunca mis restos. Tampoco quedaría tiempo suficiente para que alguien intentase buscarlos porque los volcanes destruirían el mundo tal y como lo conocíamos.

Tomé carrerilla y salté.

Había calculado la distancia a la perfección y alcancé el centro de la piedra sin mayor problema.

La siguiente era algo más difícil, ya que el borde quedaba por encima de mi cabeza… Tendría que saltar hacia adelante y hacia arriba.

Me preparé, observé los filos de la roca buscando los salientes a los que podría sujetarme en caso de que la cosa no fuese como a mí

me gustaría.

Llené mis pulmones con el aire caliente de la cueva y los vacié, resoplando, haciéndome a la idea de que tenía que saltar, pero retrasando el momento.

No podía pensármelo más o no lo haría. Me impulsé con las piernas y…

¡Oh, porras!

No había llegado.

Me sujeté a un borde estrecho y afilado y afiancé los pies en un agujero que quedaba por debajo. Me sangraba la mano derecha, me había cortado con la roca filosa al agarrarme.

Mis dedos comenzaron a soltarse, la sangre que brotaba de la herida hacía que resbalasen.

Miré la lava a mis pies, que borboteaba a una distancia que me pareció demasiado escasa.

Me dolía la mano, pero eso no era lo peor.

Lo peor era que no sabía cuánto tiempo más podría sujetarme sin perder el agarre.

Si no hacía algo pronto, iba a caer en el lago de lava.

Apreté los dedos de la mano sana en torno a la piedra y solté la mano herida para frotarla contra el pantalón. Tenía que limpiar la sangre antes de intentar nada más.

Volví a afianzarme en los huecos de la roca y comencé a trepar, poco a poco, hasta la cima. Me limpiaba la mano cada poco, en un intento por no resbalarme con mi propia sangre.

Una vez estuve segura sobre la roca, miré al frente. El sudor descendía por mi rostro en gruesas lágrimas. Me lo enjugué con la manga sin separar los ojos de lo que había delante. Desde la entrada a la caverna no lo podía ver, pero ahora, en una situación algo más elevada, me di cuenta de que el lugar era como una rosquilla gigantesca. El centro estaba hueco y, alrededor de ese agujero, había una terraza natural de roca volcánica que la lava no podía alcanzar. A mi alrededor, esa misma lava borboteaba de manera peligrosa.

Tenía que alcanzar esa zona. En el fondo de ese hoyo podía estar lo que buscábamos: un paso al reino perdido de la Atlántida.

Miré alrededor y divisé dos piedras más que podía utilizar para llegar hasta la plataforma de roca negra.

Di un salto.

Otro.

El último.

Mis pies cayeron sobre la piedra negra.

Me acerqué con cuidado al borde y me asomé.

Una cueva circular, profunda, con agua a algunos metros de donde yo me encontraba.

La caverna por la que había entrado y la que se encontraba debajo tenían la forma de un reloj de arena… Una con lava, la otra con agua. Si bien no vi el fondo de la que acababa de descubrir.

Imaginé que el agua que veía era del mar, porque había una abertura de buen tamaño en uno de los laterales, frente a donde me encontraba. Al otro lado de esa abertura solo se veía más agua.

—Tía Paula —llamé con mi intercomunicador—. Creo que lo tenemos. Marcad mi posición actual con el localizador y decidle a Benson que nos recoja en la playa más cercana.

18

Antes de emprender el camino de regreso, me vendé la mano como pude. No quería tener más accidentes resbaladizos por culpa de mi propia sangre. A continuación, salté de piedra en piedra hasta el arco de roca por el que había entrado en la caverna.

En ese momento, un nuevo temblor lo sacudió todo. La lava, a mi espalda, comenzó a borbotear con mayor intensidad.

No me quedé a esperar a que aquello explotase. Me abalancé a la escalera y comencé a subirla a la carrera.

En mi oído mi tía me preguntaba si estaba bien.

—Sí, tía, estoy bien —dije sin dejar de correr—, pero tenemos que apresurarnos.

Temía que, si la lava se desplomaba en la cueva inferior, lo que pensaba que era el paso a la Atlántida quedaría bloqueado para siempre.

Cuando llegué arriba no me detuve, seguí corriendo en dirección a la playa. Eric, la tía Paula y lord Thomsing me siguieron sin hacer preguntas.

Solo cuando estuvimos a bordo de la lancha que nos llevaría hasta el barco, Eric se dio cuenta de la herida de mi mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con una mueca horrorizada señalando en dirección a la venda.

Miré el vendaje y me di cuenta de que estaba empapado en sangre. Aquel corte no era muy profundo. No obstante, sangraba muchísimo y a la sangre le acompañaba un dolor punzante, como si me estuviesen clavando un montón de agujitas a lo largo de la

herida.

—Me he cortado. —Eric cogió mi mano herida y comenzó a retirar las vendas empapadas de sangre. Me dolía un montón, pero preferí no decírselo para que no se preocupase—. Que no es nada, Eric, de verdad.

—No será nada, cariño, pero hay que curarlo —comentó mi tía —. Vas a bucear, no querrás atraer a todos los tiburones de la zona…

Recordé mi encontronazo con el tiburón blanco en el islote donde habíamos encontrado el ídolo y cerré la boca.

Eric me miró con cara de «te lo dije» mientras enrollaba una venda limpia alrededor de la mano herida.

—Cuando estemos en el barco, la curaré, no se preocupen —confirmó Benson desde los mandos de la lancha.

Poco después llegábamos al barco.

Eric y yo nos quedamos boquiabiertos.

Se trataba de un barco de unos veinticinco metros de eslora. El casco estaba pintado de azul, mientras que la cabina y otras dependencias lucían un blanco brillante. En su parte trasera, sujeto por grúas y poleas, destacaba un submarino pequeño y amarillo, en cuyo centro se situaba una esfera redonda y transparente que guardaba en su interior los asientos para los pilotos. A los lados del artefacto, dos propulsores aseguraban la suficiente potencia para alcanzar velocidades de vértigo. Lord Thomsing nos explicó que era un biplaza y que con él podríamos descender a mucha profundidad… Al fin y al cabo, no sabíamos dónde se encontraba la Atlántida exactamente.

Benson se ocupó de mi mano hasta que dejó de sangrar y la volvió a vendar para añadir a continuación un guante que no permitiría que la sangre alcanzase el agua si la herida volvía a abrirse. Después se dirigió a la cabina de mando para poner el barco en marcha.

Lord Thomsing y yo nos pusimos los equipos de buceo, si bien las botellas tendríamos que ponérnoslas cuando fuésemos a salir del

submarino, en un estrecho compartimento que había en la popa, la parte trasera. Eric, mientras tanto, comprobaba las comunicaciones de nuestras máscaras y las del sumergible. La tía y Benson guiaban el barco hasta el punto más cercano a la caverna, donde yo creía que había visto aquella abertura que comunicaba la cueva con el mar… A bordo todos estábamos ocupados en algo, ahorrando tiempo como si fuese un bien palpable y muy valioso.

La isla estaba a punto de entrar en erupción.

Teníamos que cumplir la misión antes de que eso sucediese.

19

—No te lo olvides —pidió Eric tendiéndome el ídolo.

Estábamos ya cerca del lugar donde lord Thomsing y yo tendríamos que descender a las profundidades.

Bajaron el sumergible a las aguas, quedó flotando sobre ellas, meciéndose con el vaivén de las suaves olas del Mediterráneo, que en aquellos instantes estaba tranquilo, en calma.

Cogí el ídolo de manos de mi amigo y lo guardé en la bolsa que llevaba ajustada en torno a mi pierna.

Benson y la tía Paula nos habían explicado poco antes en qué consistía el ritual que tendríamos que realizar con él y era muy sencillo: tan solo debíamos posarlo en el altar situado en el centro del templo… Dar con el templo lo mismo era un poco más complicado. Desconocíamos cuántos habría en la Atlántida, de hecho, desconocíamos si en el fondo de aquella cueva marina estarían las ruinas de la Atlántida, pero teníamos que arriesgarnos. Si no encontrábamos el reino perdido, no nos quedaría tiempo para seguir buscándolo. La actividad en Yellowstone había llegado casi al punto de no retorno. O lo deteníamos ya o no podríamos pararlo.

Lord Thomsing y yo nos despedimos de todos. Fue una despedida breve, pero cálida. Sabía a miedo a la pérdida, a lo desconocido.

Bajamos por la escalerilla hasta la plataforma. Una vez en ella, saltamos al agua y nos acercamos al submarino a nado. Antes de introducirnos en él, nos despedimos de nuevo del resto, que nos observaban desde la cubierta del barco. La tía Paula luchaba a

duras penas contra las lágrimas, temía por nosotros. Benson le pasaba un brazo por los hombros y le murmuraba palabras de ánimo en un intento por reconfortarla.

—¡Tened mucho cuidado! —gritó mi tía a pleno pulmón—. Si siguen los temblores, volved. No quiero que quedéis atrapados allí abajo.

—¡No te preocupes, querida, volveremos de una pieza! —exclamó lord Thomsing antes de cerrar la escotilla del sumergible—. ¿Preparada, joven amiga? —me preguntó una vez estuvo asegurada.

—Supongo —repliqué.

Lord Thomsing hizo varias comprobaciones y comenzamos a descender. El agua cubrió el sumergible, lord Thomsing encendió los potentes focos que había adheridos a los costados y avanzamos.

Rodeamos despacio la pared de roca que había frente a nosotros hasta dar con la abertura que yo había visto desde dentro.

—¡Ahí está! —dije señalándola.

Yo temía que no cupiese el sumergible, pero mis miedos no se cumplieron, lord Thomsing maniobró los mandos y entró con facilidad. Continuamos el descenso. Bajamos por un tubo hecho de roca natural durante bastantes metros. Era muy aburrido, no había nada allí, solo piedra negra a nuestro alrededor, ni peces ni corales ni algas… Nada.

Llevábamos unos sesenta metros recorridos cuando la pared desapareció abriéndose a un espacio inmenso. Nos rodeaban peces de todos los colores y tamaños que se acercaban con curiosidad a la cúpula que nos separaba de ellos, intentando decidir si éramos amigables o peligrosos.

—Ciertamente impresionante —murmuró lord Thomsing absorto en sus pensamientos—. ¿Qué te parece, jovencita? Quién hubiese dicho que tras ese túnel oscuro se encontraban tales maravillas. —Miró el cuadro de mandos y después a su alrededor—. A nuestra espalda sigue habiendo roca, solo podemos avanzar.

—Avancemos, pues, mi viejo amigo —repliqué imitándolo sin

poder reprimir una risa.

Lord Thomsing estalló en una carcajada alegre que me quitó de encima todo el miedo que había acumulado durante el descenso.

—¡A la Atlántida! —exclamó con la emoción tiñéndole la voz.

Entendí su expectación y buen humor, era un explorador. Siempre lo había sido. Si dábamos con el reino perdido, seríamos los primeros seres humanos en pisarlo tras miles de años, ese pensamiento era estremecedor y excitante a la vez. No pude evitar contagiarme con sus emociones.

Situamos el sumergible a escasos dos metros del fondo y avanzamos despacio. No tardamos mucho en encontrar las primeras pistas de que allí abajo había algo más.

—¡Ahí! —exclamé señalando a mi derecha—. ¡Parece un camino de losas!

Mi acompañante giró los focos y alumbró a donde yo señalaba. Pude verlo mucho mejor, aquello estaba claramente hecho por la mano del hombre. Parecía algún tipo de carretera hecha con adoquines rectangulares que, bajo las luces del submarino, se veían amarillentos y brillantes.

—¡Sigamos el camino de baldosas amarillas! —rio lord Thomsing.

—Cada vez me cae usted mejor —comenté riéndome tras su referencia a uno de mis libros favoritos, *El Mago de Oz*.

—Oh, querida niña, deja de tratarme de usted —pidió situándonos sobre el camino—. Llámame Thomas, por favor.

—De acuerdo, Thomas, cada vez me caes mejor.

Continuamos siguiendo el camino a pocos metros de distancia, a ambos lados de él los corales y otras plantas marinas nos acompañaban. Era un escenario de cuento, con todo aquel color que solo veíamos cuando los haces de los focos los alcanzaban.

A lo lejos comenzamos a ver edificios, de algunos solo quedaban los cimientos, otros sobrevivían en perfecto estado de conservación con sus fachadas cubiertas por los líquenes y otras especies marinas.

La Atlántida.

Las aguas dotaban a la ciudad de un aspecto irreal, onírico, como si estuviese hecha de jirones de sueños en lugar de construida en granito y mármol. Los edificios, teñidos de amarillo por los potentes focos del submarino, se elevaban sobre el fondo marino como fantasmas de un tiempo pasado, de un tiempo muy antiguo y ya olvidado por todos. Las moles de formas angulosas se alzaban en la distancia formando un laberinto de edificios pálidos, vacíos. Sus balcones y ventanas se abrían a la oscuridad y parecían mirarnos como cuencas vacías. Era una ciudad fantasma, pero no era difícil imaginarla llena de vida, con sus habitantes recorriendo las calles abarrotadas y saturando el ambiente con el bullicio de sus voces, con los colores de sus ropajes, con sus risas, con sus llantos… Con su presencia. Ahora no quedaba nada de todo aquello, tan solo las cáscaras vacías de lo que habían sido sus hogares, sus tiendas, sus palacios, sus jardines… y que, desnudos de actividad humana, habían pasado de ser un recuerdo a ser una leyenda y en no mucho más tiempo serían completamente olvidados.



Ambos guardamos silencio durante unos instantes, demasiado

sobrecogidos para decir nada.

—Hemos llegado —afirmó mi compañero con voz temblorosa.

Informamos a mi tía brevemente de lo que habíamos encontrado y nos adentramos en las calles de aquella ciudad ahogada buscando el templo.

El submarino avanzaba despacio entre los restos pálidos de los edificios que, miles de años atrás, habían contenido vida.

La ciudad estaba construida en círculos concéntricos, separados los unos de los otros por muros altos y gruesos en los que destacaban hornacinas con bellas estatuas, ahora envueltas por una mortaja de corrosión. Los adoquines que nos habían guiado hasta allí se expandían y continuaban por toda la ciudad. En el pasado debían de haber estado coloreados, ya que en algunos casos todavía se adivinaban los trazos de diferente tono sobre ellos.

Penetramos en el siguiente círculo. Por suerte, las calles nos permitían recorrerlas con el sumergible sin dificultad. Las puertas que daban acceso de unos círculos a otros eran de proporciones descomunales, al igual que los edificios en general, algunos parecían rascacielos modernos, hechos en piedra con ventanales y terrazas que, en su época de máximo esplendor, tenían que haber lucido verdes y exuberantes gracias a las plantas que imaginé colgando de ellas.

Atravesamos círculo tras círculo sin encontrar nada que nos pareciese un templo. Decidimos revisar primero todas las zonas de la ciudad… Si nos tocaba bucear para encontrar el templo, íbamos a tener un problema. Allí había demasiadas construcciones todavía en buen estado y no teníamos aire comprimido suficiente para comprobarlas todas.

Por fin, en el último de los círculos, el aspecto de los edificios cambió. En el centro se situaba lo que parecía un palacio, rodeado por fuentes que bajo el mar habían perdido todo el sentido de su existencia y por terrazas que descendían en escalera hasta una plaza redonda flanqueada por lo que nos parecieron nueve templos.

Eran de una planta, sostenidos en una plataforma con acceso

gracias a rampas y escalinatas que contaban con columnas talladas, tanto en su fachada como en la parte trasera. Los frisos estaban también tallados, pero desde donde nos encontrábamos, bajo el arco de la puerta que daba acceso a ese último espacio, no lográbamos ver esos grabados.

Sí vimos otra cosa.

Y no nos gustó nada.

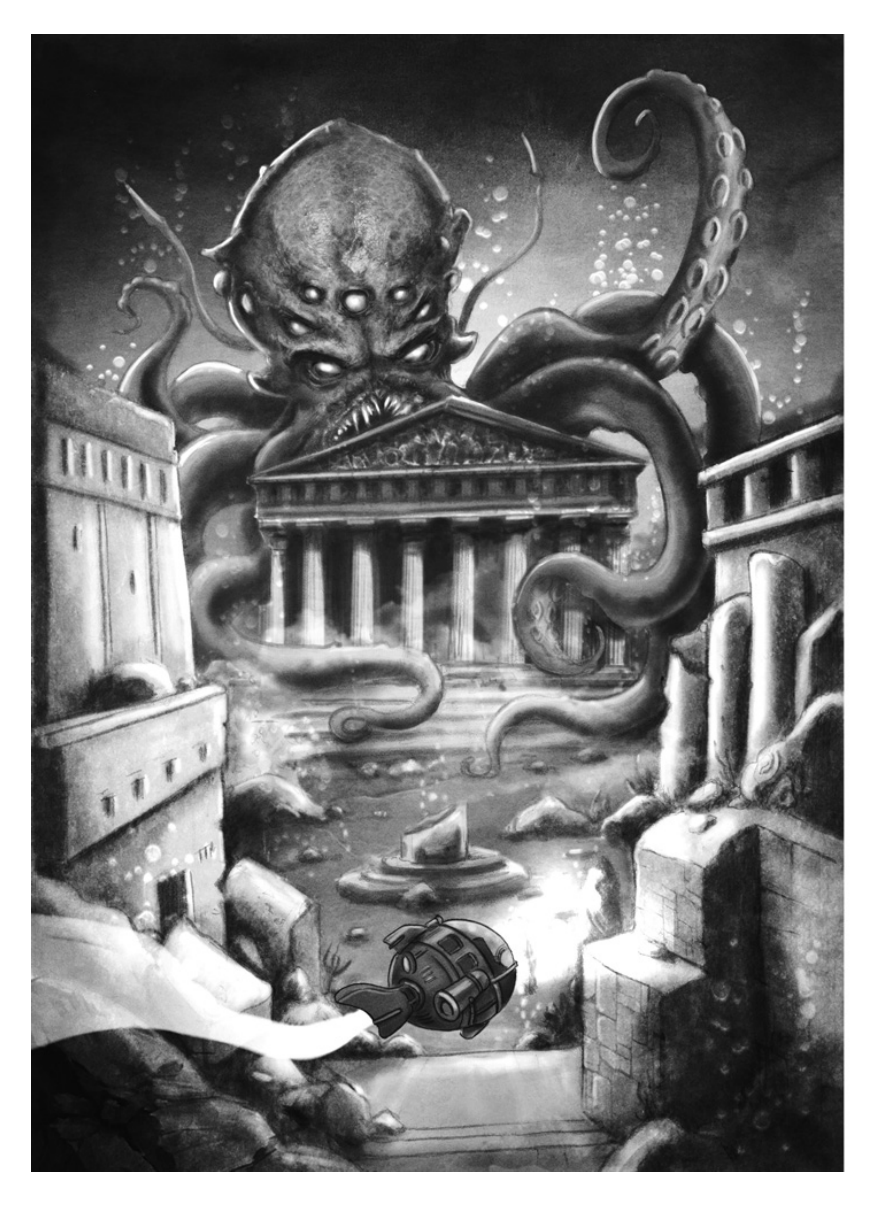
20

—Creo que hemos encontrado nuestro templo —comentó mi acompañante.

—¿Qué es eso? —susurré temerosa de que lo que habíamos visto pudiese oírme.

Se trataba de un animal de largos tentáculos viscosos recorridos por ventosas que rodeaban de manera protectora uno de los templos, el más alejado del lugar en el que nos encontrábamos. En su cabeza de forma redondeada destacaba una boca amplia y de aspecto peligroso en forma de pico ganchudo. Una docena de pequeños ojos redondos situados sobre el pico vigilaban el entorno con atención. Calculé que mediría entre quince y veinte metros. No obstante, era difícil saberlo con exactitud cuando sus tentáculos se enroscaban alrededor del edificio.

—Eso, querida amiga, si hago caso a las descripciones de antiguos libros, es un kraken —replicó lord Thomsing.



—¿¿¿Un kraqué???

—No, kraké no, kraken, acabado en N —puntualizó lord Thomsing haciendo hincapié en la letra «n».

—Ya, pero que qué es eso.

—Ah… Vale, no te había entendido, querida… Se trata de un animal mitológico… —explicó—. O no tan mitológico si nos

centramos en lo que estamos viendo… Se supone que vive en las profundidades, destruye barcos y se come a sus marineros… Lo que me extraña es que pertenece a la mitología nórdica, no sé qué hace aquí, en aguas griegas…

—Bueno, yo no pienso preguntárselo —repliqué con un resoplido.

Lord Thomsing parecía más interesado que asustado. En mi caso, era todo lo contrario, estaba más asustada que interesada. Lo único que me interesaba de aquella mezcla de pulpo y calamar gigantesco y repugnante era que desapareciese para no volver a verlo nunca más.

—Querida amiga, nuestros caminos se separan aquí —dijo lord Thomsing girando su cabeza para mirarme.

—¿Eh?

—Yo lo distraeré y tú entrarás ahí y realizarás el ritual tal y como nos ha explicado mi querida Paula.

—No. Eso es una locura —me negué—. Ese bicho te matará…

—Para eso tendría que cogerme antes… Y, no es por presumir, pero soy bastante hábil con esta joya —zanjó dando unas palmaditas en el cuadro de mandos.

—Pero…

—Mi preciosa Amanda, se nos acaba el tiempo —interrumpió—. Permite que este anciano caballero viva una última aventura antes de retirarse.

Sabía que mi batalla estaba perdida.

También sabía que su idea era la única que teníamos y la única que podría funcionar.

Acepté todavía reticente.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que no permitirás que te coja.

—Lo prometo —dijo llevándose la mano al pecho—. Es lo último que yo querría. Ahora, ponte el equipo y espera a que yo lo distraiga para acercarte al templo.

Asentí en silencio, le di un abrazo torpe y me dirigí al

compartimento trasero.

Poco después, salí del sumergible, controlé mi flotabilidad y me agazapé tras la parte superior del arco de la enorme puerta. Miré hacia abajo y vi a lord Thomsing sonriéndome a través de la cúpula transparente y agitando una mano como despedida.

El submarino se lanzó a toda velocidad en dirección al kraken. Desde mi escondite observé como el submarino se aproximaba al kraken de frente. Este desenroscó sus tentáculos e intentó atrapar aquella pelota amarilla, pero lord Thomsing viró en el último segundo alejándose del animal que, por supuesto, lo siguió.

Ese era mi momento.

Me impulsé con las aletas y buceé a toda velocidad acortando la distancia que me separaba del templo. Miraba a mi alrededor, vigilando que el kraken no regresase antes de lo previsto.

Atravesé por fin las columnas que me llevaron al interior del templo. Miré a mi alrededor antes de continuar y respiré tranquila, allí el kraken no podría verme. Encendí mi foco para poder ver algo, la oscuridad era casi un ser vivo.

Aquel espacio vacío y lóbrego resultaba bastante tenebroso, excepto por los pocos peces que se habían atrevido a hacer de aquel templo su morada. Las columnas trepaban hasta el techo, de ellas colgaba líquenes oscuros con aspecto de harapos ajados. Frente al haz de mi linterna, bailoteaban pequeñas partículas, posiblemente restos de peces y cadáveres de plantas, entre otras muchas cosas. Me aproximé a la estatua que presidía el espacio. Carecía de cabeza y de brazos, pero se adivinaba una figura masculina. Imaginé que sería Hefesto, dios griego del fuego y la forja… Aunque podría haber sido algún dios atlante desconocido para la humanidad.

Tras el dios, un muro con un volcán en erupción tallado en él.

Vi los brazos y la cabeza de la estatua repartidos por el suelo en el lateral de la escultura; yacían olvidados, separados del cuerpo de su dueño para toda la eternidad.

Entre los pies del dios decapitado, había un pequeño pedestal de mármol con unos puntos grabados, en relieve. Saqué el ídolo de la

bolsa, le di la vuelta y observé su base. Tenía los mismos puntos que el pedestal, pero en forma de hendidura.

Un nuevo temblor hizo que se me cayese el ídolo y rodase alejándose de mí. A mi alrededor caían bloques del techo y las columnas de la entrada se desplomaron levantando todo el sedimento del fondo del mar.



No veía nada. La linterna no servía de nada en aquellos instantes, pues el sedimento era demasiado denso para que la luz lo atravesase. Era como ver una televisión con ruido blanco en su pantalla.

Uno de aquellos bloques podría aplastarme y ni siquiera lo vería

venir.

Nadé a ciegas hacia donde creía que se encontraba la puerta del templo y salí vigilando que el kraken no hubiese regresado.

Cuando el temblor cesó, regresé al interior esquivando las columnas caídas. La visibilidad seguía siendo nula y necesitaba encontrar el ídolo. Un temblor más y el templo se derrumbaría por completo.

Avanzaba pegada al suelo, alumbrando con el foco frente a mí, recorriéndolo centímetro a centímetro. Podía estar en cualquier parte.

Me llevó mucho tiempo encontrarlo, pero por fin di con él junto a uno de los brazos, arrancados por el tiempo, del dios.

Si conseguía posarlo sobre su pedestal, acabaría con toda aquella locura de los volcanes. Apreté la figura dorada contra mi pecho. Había faltado muy poco para que lo perdiese, y con él se habría perdido toda la humanidad. Sacudí la cabeza intentando sacarme esas ideas de la mente. La vida de billones de personas dependía de mí, de que fuese capaz de realizar el ritual con aquel muñeco dorado. Era un peso demasiado grande para mis pequeños hombros, pero si no lo hacía yo, nadie lo haría. No había tenido la posibilidad de elegir… Aunque, de haberla tenido, tampoco podría haber rechazado esta misión. Y, desde luego, no podía fracasar.

No, no podía fallar. Si lo volvía a perder, no tendría más oportunidades.

Todavía nerviosa, me acerqué de nuevo a la estatua y retiré con cuidado algunos cascotes que habían caído sobre el pedestal. En él vi unas pequeñas protuberancias. Di la vuelta al ídolo y miré su base por segunda vez. Acaricié con los dedos las hendiduras que había allí y que había notado cuando lo inspeccionamos Eric y yo en aquella cueva, tras mi encontronazo con el tiburón blanco. Parecía que hubiesen pasado siglos de aquello y tan solo hacía unos días.

Eran una llave y su cerradura. El ídolo estaba hecho para encajar en aquel pedestal, no para apoyarlo sobre él.

Con reverencia, acoplé ídolo y base. Cuando estuve segura de que se habían ensamblado bien, giré la figura levemente en dirección a las agujas del reloj. No hubo ninguna resistencia… Claro que, de haberla habido, solo podría haberlo girado en dirección contraria, no habría tenido muchas más opciones.

Esperé.

Un gruñido sonó en las entrañas del templo. A mis pies y, tras la estatua, el grabado del volcán comenzó a descender hasta desaparecer por completo.

Seguí esperando con todo el cuerpo en tensión, por si sucedía algo más.

Tras unos segundos, pude escuchar un «clic» y algo que sonaba como piedras arrastrándose. No pude identificar de dónde venía el sonido, pero detrás de la estatua, en el mismo lugar por el que había desaparecido el muro momentos antes, se había alzado de nuevo una leve capa de sedimento.

Buceé hasta allí y vi que se había vuelto a elevar el grabado del volcán, apenas unos milímetros, pero había desaparecido por completo y ahora asomaba de nuevo por la ranura alargada.

Aquel muro con el grabado era un reloj.

Cuando volviese a alzarse por completo, los volcanes se despertarían de nuevo.

Me di cuenta de lo cerca que habíamos estado de fracasar, ya que cuando había entrado en el templo había dado por sentado que era una pared. No había espacio, que yo hubiese visto, entre la parte superior del grabado y el techo.

—Amanda, tienes que darte prisa —escuché a lord Thomsing en aquel momento—. El kraken va hacia allí.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté preocupada—. ¿Estás bien?

—Sí, querida niña… El submarino no tanto, ¿tú estás bien? ¿Has conseguido realizar el ritual?

—Sí, casi pierdo el ídolo durante el último temblor, pero ya está hecho.

—¡Bravo por ti! Ahora nos tocará subir buceando por el túnel

hasta la superficie… Pero no será difícil. Te espero a la entrada del túnel.

—De acuerdo, voy para allá.

Recuperé el ídolo, debía conservarlo para el siguiente Black que tuviese que enfrentarse a todo este lío de los volcanes.

Cuando atravesaba las columnas que daban paso al templo, vi al kraken aproximarse a toda velocidad. Me escabullí entre las columnas hasta la parte trasera del templo y nadé hasta el siguiente. Poco a poco, fui alejándome del círculo central, manteniéndome oculta entre los edificios olvidados de la Atlántida, hasta que llegué a las puertas de la ciudad y, con ellas, al camino de baldosas amarillas que me llevaría de regreso junto a mi familia. A la luz de mi foco, mucho menos potente que los del sumergible, los adoquines ya no se veían tan amarillos.

Tras bucear durante un buen rato, vi a lord Thomsing. Agitaba su brazo en un intento de que yo lo viese. Me acerqué a él, le hice el gesto de OK y comenzamos el ascenso por el túnel de roca volcánica.

21

Llegamos al barco casi sin aire en nuestros recicladores. Benson, la tía Paula y Eric nos recibieron entre gritos de alegría, abrazos y preguntas lanzadas al ritmo de una metralleta. Cuando conseguimos que se tranquilizaran, pudimos empezar a responderlas.

—¿Y el submarino? —preguntó mi tía.

—Sí, ¿qué ha sucedido ahí abajo, lord Thomsing? —añadí yo—. Todavía no sé cómo hemos perdido el sumergible.

—¡¿Lo habéis perdido?! —exclamó la tía Paula con el ceño fruncido.

—No te enfades, de no ser por lord Thomsing no lo habríamos logrado —me apresuré a explicar—. Había un kraken guardando el templo, él lo distrajo con el submarino mientras yo entraba y realizaba el ritual… ¡Arriesgó su vida para que pudiese cumplir la misión!

Los rasgos de mi tía se suavizaron al instante. Miró a su enamorado con admiración.

—Permitidme que os cuente —comenzó lord Thomsing—. Ese monstruo me persiguió por toda la Atlántida. Yo avanzaba entre los edificios a toda la velocidad que podía, pero el engendro ese era muy veloz… Creí haberlo perdido cuando el temblor sacudió la ciudad sumergida… Y, bueno, el sumergible quedó atrapado bajo un tejado que se desprendió. Pude ponerme el equipo de buceo y escabullirme por los pelos dentro de una de las edificaciones antes de que llegase el kraken.

—Bien por usted —dijo en ese momento Benson acercándose

con una bandeja presidida por vasos de limonada y sándwiches—. Ahora, beban y coman. Deben de estar agotados.

—Ah, el temblor también me dio problemas a mí —comenté dándole un enorme bocado a uno de los sándwiches—. Perdí el ídolo y me costó muchísimo encontrarlo. Por cierto, en ese templo hay un muro que actúa como un reloj… Cuando posé el ídolo en su peana, ese muro desapareció en una ranura del suelo y poco después volvió a salir, pero solo unos milímetros… Supuse que era el reloj comenzando una nueva cuenta atrás.

—¿Dejaste una cámara ahí abajo? —preguntó Eric.

—Eeeeeeh… No —confesé avergonzada al entender lo que pretendía mi amigo.

—Vaya, habría estado bien para tener un control de lo que sucede y poder calcular el tiempo hasta que los volcanes vuelvan a activarse…

—Al ritmo que ascendía, tardará miles de años —repliqué—. No estaremos aquí para volver a evitarlo…

—Tú no, pero tal vez otro Black… —dijo mi amigo pensativo.

—¿Has recuperado el ídolo? —Mi tía tenía algo en mente.

—Sí, claro, aquí está. —Lo saqué de la bolsa y se lo tendí.

—Pues ya está, problema solucionado. —Mi tía sonrió cogiéndolo en sus manos y observándolo con detenimiento—. Quién iba a decir que un chisme tan pequeño podría generar tantos problemas…

A continuación, la tía nos explicó su idea: guardaríamos el ídolo en la Cámara de los Secretos y añadiríamos una entrada en el manifiesto para el siguiente Black que tuviese que enfrentarse a esto. Junto al ídolo, conservaríamos también un mapa con las instrucciones para llegar a la Atlántida… No había mucho más que pudiésemos hacer… Y todo eso contando con que la siguiente vez la humanidad siguiese existiendo. Los Black hacíamos lo que podíamos, pero había cosas que no podíamos evitar. No dependían de nosotros.

Ahora solo nos faltaba esperar para saber si el ritual había

funcionado.
La tía Paula pensó que, si el fin del mundo estaba cerca, bien podría pillarnos en la preciosa villa de la isla de Santorini que había alquilado como base de operaciones y que apenas habíamos pisado Eric y yo. Llamó a los padres de Esme, a petición de Eric y mía, claro, para convencerlos de que permitiesen venir a su hija a pasar lo que quedaba de vacaciones con nosotros.

Mi tía puede ser muy convincente cuando quiere y esa misma noche nos reunimos con nuestra amiga.

Benson llevó el avión que habíamos utilizado Eric y yo de regreso a la Mansión Black y volvió con uno en el que cupiésemos todos —de paso, recogió a Esme—. También contrató una tripulación para el barco que habían traído ellos. Aquellos marineros lo devolverían a su lugar de procedencia ya que lo habían alquilado. El submarino, en cambio, era invención del mayordomo, que antes de partir ya me había contado todas las mejoras que pensaba introducir en el siguiente modelo… Desde luego, no se podía decir que aquel hombre perdiese el tiempo.

En los siguientes dos días no hubo más temblores en la isla ni erupciones volcánicas en el mundo. La actividad registrada en la caldera de Yellowstone se apaciguó como si nunca hubiese existido. De igual modo, todos los volcanes que habían comenzado a prepararse para escupir su lava se volvieron a dormir.

Había funcionado.

Habíamos salvado al mundo de su extinción.

Cuando estuvimos seguros de que nada malo iba a suceder, me acordé del libro que había robado en Venecia. Lo saqué de la mochila y se lo di a la tía Paula, que me prometió hacérselo llegar a los actuales conservadores del palacio-museo en cuyo subsuelo yo lo había encontrado, y que, en opinión de mi tía, eran sus legítimos propietarios. Tal vez aquel incunable de la imprenta Aldina consiguiese relanzar la fama de aquel pequeño museo que apenas ganaba lo suficiente para subsistir.

Eric, Esme y yo pasamos lo que nos quedaba de vacaciones paseando por las calles de Santorini y bañándonos en sus playas. Fueron unos días geniales que nos proporcionaron un más que merecido descanso a todos, además de un suave y bonito bronceado a mis compañeros… Y un espantoso tono rojizo a mí.

También me salieron pecas.

Aproveché, eso sí, aquellos días todo lo que pude. Nada de estudiar, nada de entrenar, nada de misiones… No sabía cuánto tiempo iba a volver a pasar hasta que tuviese que volver a salvar a la humanidad. Más me valía disfrutar a tope ahora que podía. Mis únicas tareas eran divertirme en compañía de mi familia y de mis amigos, tostarme al sol y comer cosas deliciosas como si no hubiese un mañana. Creo que, si aquello hubiese sido un examen, habría sacado la máxima puntuación.

El día de regreso no puede evitar despedirme de aquella pequeña isla del Mediterráneo con una punzada de tristeza. Habíamos tenido momentos difíciles y estresantes en ella, sí, pero también otros bastantes dulces y divertidos. En el cómputo general de las cosas, me llevaba buenos recuerdos de allí.



Había conseguido recargar mi energía y estaba preparada para mi siguiente aventura.



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acucientes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.